

Mitologías

Imbaboira



Juan Carlos Morales Mejía

PEGASUS

Mitologías de
Imbabura

(Tomo I)

Juan Carlos Morales Mejía
P E G A S U S

Mitologías de Imbabura (Tomo I)

Juan Carlos Morales Mejía

2003

Derechos reservados

Ilustración portada: José Villarreal
(El Becerro de Oro)

Fotografías:

Carlos Jara

Juan Carlos Morales

César Morales Granda

Editorial Pegasus

Colón 4-09, Ibarra/Ecuador

Sur América

Telefax: 06-953-156

pegasusecuador@yahoo.com

Diseño:

Paúl Andrade

Impresión:

IDENTIDAD GRAFICA®

Telefax: 06-642-497

Ibarra/Ecuador

Auspicio:

Cámara Provincial de Turismo de Imbabura



ECUADOR



*A mi madre Rosita,
por la alegría de la memoria*

Agradecimientos: Margarita Mantilla, Presidenta de la Cámara Provincial de Turismo de Imbabura; Olmedo Moncayo, director de Café Arte; Edison Visarrea, Carlos Salazar, teatrero, y Washington Benalcázar. Una gratitud especial a Carlos Jara, por compartir sus imágenes de Imbabura.

A Patricia y Rosita Morales Mejía, hermanas solidarias.

Al pueblo de San Blas de Urcuquí, que me acogió mientras seguía a las amables brujas.

Presentación

La provincia de Imbabura es privilegiada: en una superficie de 4.559.3 km² se asientan culturas diversas en un paisaje espléndido que incluye una treintena de lagunas. La Provincia Azul del Ecuador en un destino turístico ineludible.

Con una población superior a los 350.000 habitantes esta región tiene una memoria de milenios, anterior a la llegada de los incas y españoles. Sus antiguos dioses –en la época de los Señoríos Étnicos– eran precisamente las lagunas, cascadas, árboles sagrados y el mayor protector: el cerro Imbabura (4.560 m), el Taita o Padre que aún nos resguarda.

Se sabe que los incas estuvieron únicamente tres decenios en estas tierras y que la resistencia fue ardua, al punto que la laguna de Yahuarcocha se tiñó de sangre.

Después, con la llegada de los conquistadores se produjo un sincretismo cultural que –aunque con inequidades– permitió ser lo que ahora somos: el orgullo de ser mestizos. No hay que olvidar, además, el aporte de la negritud, que llegaron como esclavos de las haciendas jesuíticas y que ahora están asentados en el Valle del Chota y también en Ibarra.

Imbabura, creada en 1824, tiene seis cantones: Ibarra, Otavalo, Cotacachi, Antonio Arze, Pimampiro y Urcuquí, cada uno con sus atractivos, destacándose el turismo como una de las actividades

más representativas, porque combina sus espléndidos paisajes con su diversidad cultural.

Aunque la zona es reconocida por su tradición artesanal y la riqueza de sus festividades, hay que decir que su mitología también es parte de la convivencia de estas culturas. De allí que la Cámara Provincial de Turismo de Imbabura, CAPTI, ha decidido auspiciar este libro de Mitologías de Imbabura porque tenemos una certeza: saber quiénes somos, de dónde venimos. Porque el turismo es más que una adecuada infraestructura o paisajes. Y es precisamente el conocer esa memoria que en ocasiones ha permanecido en el olvido la esencia de mostrar al viajero la riqueza de nuestra tierra.

Por eso es importante conocer las mitologías fundacionales en torno al monte Imbabura y las lagunas; el sentido de los aya huwas, estas festividades indígenas; los cuentos que trajeron los afroecuatorianos burlando a los barcos; las leyendas que proceden de esa riqueza cultural que es el mestizaje. Todas estas en un volumen que incluye fotografías de los ibarreños Carlos Jara y de Don César Morales Granda, aquel pionero del turismo regional y padre del autor de este texto.

Deseamos que nuestros agremiados tengan en este libro los argumentos de un turismo cultural. Hay un propósito adicional: que sean los jóvenes imbabureños quienes se acerquen a estos relatos para que puedan sentirse orgullosos de la historia que poseen. Es, acaso, una de las mejores maneras que de mostrar los encantos de estas tierras prodigiosas a quienes nos visitan. La Cámara de Turismo cree firmemente en el proyecto de crear una Cátedra de Imbabura para que nuestra juventud tenga al turismo e identidad como referentes: sólo quien conoce su tierra puede amarla. La provincia tiene una población joven: el 60 por ciento no ha cumplido los 25 años y requieren conocer de dónde vienen.

En un mundo donde impera lo hegemónico, lo local también puede ser una pauta. En este libro el lector encontrará precisamente

esa diversidad que se precia tener Imbabura, mitologías escritas por Juan Carlos Morales Mejía que dirige el proyecto de Mitologías de Ecuador, de Editorial Pegasus.

Este es el primer libro en la provincia que sistematiza los mitos que apuestan por la interculturalidad, que es el signo de los nuevos tiempos. Nosotros –como empresarios privados del turismo- creemos que es nuestro deber asumir también un recurso que muchas ocasiones no es tangible: la memoria.

Margarita Mantilla
Presidenta de la Cámara Provincial de Turismo de Imbabura
Master Internacional en Turismo

más representativas, porque combina sus espléndidos paisajes con su diversidad cultural.

Aunque la zona es reconocida por su tradición artesanal y la riqueza de sus festividades, hay que decir que su mitología también es parte de la convivencia de estas culturas. De allí que la Cámara Provincial de Turismo de Imbabura, CAPTI, ha decidido auspiciar este libro de Mitologías de Imbabura porque tenemos una certeza: saber quiénes somos, de dónde venimos. Porque el turismo es más que una adecuada infraestructura o paisajes. Y es precisamente el conocer esa memoria que en ocasiones ha permanecido en el olvido la esencia de mostrar al viajero la riqueza de nuestra tierra.

Por eso es importante conocer las mitologías fundacionales en torno al monte Imbabura y las lagunas; el sentido de los aya huas, estas festividades indígenas; los cuentos que trajeron los afroecuatorianos burlando a los barcos; las leyendas que proceden de esa riqueza cultural que es el mestizaje. Todas estas en un volumen que incluye fotografías de los ibarreños Carlos Jara y de Don César Morales Granda, aquel pionero del turismo regional y padre del autor de este texto.

Deseamos que nuestros agremiados tengan en este libro los argumentos de un turismo cultural. Hay un propósito adicional: que sean los jóvenes imbabureños quienes se acerquen a estos relatos para que puedan sentirse orgullosos de la historia que poseen. Es, acaso, una de las mejores maneras que de mostrar los encantos de estas tierras prodigiosas a quienes nos visitan. La Cámara de Turismo cree firmemente en el proyecto de crear una Cátedra de Imbabura para que nuestra juventud tenga al turismo e identidad como referentes: sólo quien conoce su tierra puede amarla. La provincia tiene una población joven: el 60 por ciento no ha cumplido los 25 años y requieren conocer de dónde vienen.

En un mundo donde impera lo hegemónico, lo local también puede ser una pauta. En este libro el lector encontrará precisamente

esa diversidad que se precia tener Imbabura, mitologías escritas por Juan Carlos Morales Mejía que dirige el proyecto de Mitologías de Ecuador, de Editorial Pegasus.

Este es el primer libro en la provincia que sistematiza los mitos que apuestan por la interculturalidad, que es el signo de los nuevos tiempos. Nosotros –como empresarios privados del turismo- creemos que es nuestro deber asumir también un recurso que muchas ocasiones no es tangible: la memoria.

Margarita Mantilla
Presidenta de la Cámara Provincial de Turismo de Imbabura
Master Internacional en Turismo

Prólogo

Mi abuelo Juan José Mejía, en los relatos que contaba, refería la terrible noche en que se enfrentó a duelo con la Viuda, una alma en pena que deambulaba por las calles de su pueblo y que él —intempestivo como era— la obligó a regresar al otro mundo con sólo mostrarle un látigo.

El tío-abuelo, Ernesto, recibió la visita de una duenda que le persuadía en las malas horas para conducirlo a una quebrada y engañarlo con bostas de animal en lugar de pasteles. Después de librarse con una corona de ajos se convirtió en el cuentero oficial del pueblo, cuando la muchachada se reunía en torno al horno de tejas.

En casa, en cambio, los relatos provenían de María, la eterna empleada que se negó siempre a dejar de ser niña y que un duende le atormentaba en las noches de luna. Aún más, por las mismas calles pasó hace mucho tiempo la temible Caja Ronca y aún existe un higo que debió mirar esos asombros.

Para esa época, el abuelo ya nos leía ese fabuloso libro que es Las Mil y Una Noches, habitada por genios y caballos voladores. Sin embargo, sería mi padre, César, quien me llevó a amar esta tierra en las esporádicas visitas a lagunas, sanjuanes, bailes de bomba, pueblos perdidos... Antes de tomar una instantánea me permitía mirar ese prodigio que es la fotografía. El abuelo y mi padre han partido a la tierra de las hadas y los nenúfares pero queda su legado: mi vida

ha estado plagada de estas mitologías.

Ahora mientras escribo –frente al monte Imbabura y su penacho de nubes- tengo la certeza de que es en la identidad donde radica uno de los destinos de esta tierra entrañable que es Ecuador, habitada por cóndores y alacranes.

Siempre he descreído de la historia de las grandes batallas. He preferido las historias que aún guardan los labios de hombres y mujeres de rostros cansados. Esos relatos que aún es posible escucharlos si uno se sienta en un poyo, cuando regresan los campesinos con su arado. También, cuando las voces cantarinas de los negros hablan de los tiempos de las haciendas o los abuelos quichuas traen en su memoria la época en que el Taita Imbabura se paseaba por las lagunas. Pero también esa riqueza del mestizaje, donde habitan brujas voladoras o toretes encantados. Sí, como es Imbabura, tierra de diversidades donde aún flotan estas preguntas: ¿quién soy?, de ¿dónde vengo?

Esas son las preguntas para saber hacia dónde vamos. Son interrogantes desde la época de los griegos, con un Platón que defendía el mito ante un Aristóteles que profesaba la razón. Y esta razón pura –a lo Kant- ha sido declarada como valor absoluto de la cultura de Occidente. Por eso los relatos de los abuelos y abuelas pasaron a ser supercherías porque el mito dejó de ser considerado como una revelación de los dioses.

Habría que esperar que llegaran otras ciencias –como la etnología- para que estas sabidurías guardadas de manera oral salieran a mostrar sus encantos. Para Lévy-Strauss los mitos son una expresión de una lógica impecable, propia de una forma de pensar distinta al racionalismo moderno, presente en culturas que tienen una lógica distinta a la lógica formal.

Manuel Espinosa Apolo dice que los mitos son concepciones no convencionales de las irrupciones de lo sagrado o sobrenatural en el mundo, con el fin de explicar los poderes trascendentes, los orígenes del Universo, las causas de los fenómenos naturales, de las costum-

bres e instituciones sociales, así como de ciertos acontecimientos de la historia de un pueblo. Estos cobran vida precisamente con la presencia de seres fantásticos y situaciones maravillosas, no exentas de dramatismo. Por eso estos mitos —como los duendes o chuzalongos— son vistos y oídos por la imaginación colectiva. Son tan reales como los dragones.

"Los elementos naturales no son, en la ideología quichua por ejemplo, un puro paisaje estático a cuyos elementos las personas pueden alterar; montes lagunas y otros están animados y realizan actos intencionados para bien o para mal de los humanos; como éstos, poseen sentimientos, toman decisiones... El cerro del Imbabura preside la vida de la provincia con una presencia más que física, es el Taita, el viejo sabio y respetable", dicen quienes han interrogado nuestra memoria, como Marcelo Naranjo.

Lo propio ocurre con la mitología mestiza, provista de una riqueza que es parte de ese proceso de intercambio de saberes. Así, se puede encontrar desde brujas voladoras que nos remiten a esas antiguas prácticas paganas que nunca fueron entendidas ni respetadas, porque estaban asentadas en otras maneras de entender el mundo. Lo propio ocurre con los relatos que eludieron a la esclavitud para dejarnos enseñanzas, en una época de mandingas.

¿Por qué es importante la mitología? Porque responde a preguntas básicas de una comunidad: origen, existencia y destino. Quienes han investigados estos procesos señalan que los mitos permiten expresar y realzar las creencias, y salvaguardar los preceptos de orden moral; gracias a ello la tradición adquiere mayor valor y prestigio, hasta lograr su fortaleza.

Además son un acceso hacia lo eterno. "Permiten una evasión del tiempo real o la temporalidad existencial del ser humano con una realidad cruda y terrible: la muerte. Los mitos satisfacen una necesidad no sólo de conocimiento sino emotiva y afectiva. Por todas estas razones, los mitos aseguran la cohesión de cualquier

comunidad histórico-social", señala Espinosa Apolo.

Sin embargo, como dice Eduardo Galeano, nuestra América Latina no solamente ha sufrido la usurpación del oro y la plata, del caucho y del cobre sino también la usurpación de la memoria. Desde el Poder ha existido una lógica de no legitimar estos relatos, porque aún se considera a la Cultura con los parámetros del eurocentrismo.

Incluso cuando se consulta la palabra mitología siempre está en referencia a lo griego o romano. Hay que buscar varios significados hasta encontrar que es la condensación de los saberes de un pueblo, en el caso de Imbabura, de sus diversidades culturales. De allí que se ha elegido el término mitologías –en plural por respeto a todas las culturas- en lugar de presentarlas como leyendas, porque son los relatos, muchos de ellos, fundacionales de pueblos asentados en estas tierras mucho antes de la llegada de los incas y de los españoles, conocidos como Señoríos Étnicos, llámense caranquis, otavalos o imbayas. Después, esa riqueza que significa el mestizaje y las historias profundas que trajeron los abuelos, en los barcos que llegaban de Africa.

Porque cuando se escucha un relato, de la voz de los mayores, es como si el eterno abuelo estuviera contando desde los tiempos inmemoriales en torno a la hoguera. He querido interrogar a Imbabura de qué historia está hecha. He encontrado personajes fantásticos y hechos sorprendentes en los labios de los viejos. Ha sido una forma de volver a los relatos que una ocasión mi propio abuelo me condujo, sin diferenciar por el color de la piel o cómo se visten. Ahora sé que en el diálogo y respeto de las diversas culturas radica la promesa de ser mejores humanos.

De estos saberes estamos hechos los imbabureños y es hora de que nuestros mitos salgan a pasear por el Mundo.

JCMM

Ibarra, julio de 2003

Isadora en Imbabura

Juan Carlos Morales Mejía

Isadora, cascada frente al Imbabura:
sol tranquilo en una sementera de maíz de Peguche,
como música de violines y de urdiembres de arco iris,
como destellos de caracolas
que llaman a los hermanos quedados en el mar.

Eres una garza que migra de San Pablo a Yahuarcocha
y esquivas los caballitos de totora donde acudo.
Pero te quedas en el reflejo del agua
de la piedra ritual donde los abuelos atrapaban las estrellas,
antes que los invasores ensangrentaran a la Luna.

Llevas los tejidos de Otavalo en tu cuerpo:
cervatillo que vagas por el páramo,
pies de aya huma cuando entran en la danza de la cosecha,
que los más diestros llaman Inti Raymi,
pero que no es al Sol ni a San Juan a quien te inclinas
sino a los favores de esta tierra prodigiosa.

Isadora tienes los senos como los islotes de Cuicocha:
furtivos cuando los miro con premura.
Eres más libre que los runas vestidos de zamarros
cuando entran a tomarse la plaza de Cotacachi:
una antigua mitología de batallas como sus dioses,
esos gigantes que se miraban en las aguas.

Eres la serenidad de estar en una tola funeraria
que los mayores levantaron para vencer a la Muerte,
ese otro Olvido que nos ha dejado el Tiempo.
Como esa niebla que entra a Natabuela,
como las filigranas en los brocados de Aluntaqui,

sacados entre lágrimas de una fábrica,
ahora espectro de un descolorido invierno.

Desde Pimampiro te escucho porque eres la campana
que los indios se llevaron hacia el Oriente
para burlarse de las mitas y los curas doctrineros.
Eres alegre como la primera cosecha de tomates en la tarde.

Hueles a un árbol de ovos del Valle del Chota.
Eres el canto de la bomba que desafió a las cadenas:
tambor que es agua, tierra, fuego y aire.
Eres fragor de la banda mocha, construida de canutos
para crear saxofones, oboes, clarinetes de mentiras
pero que suenan y resuenan en las hojas de naranjo.
Isadora tiene los labios de caña brava.

Eres una procesión en Urcuquí,
un destello de su Virgen que mueve los brazos
y de sus santos varones que le arreglan
las enaguas sólo con el destello de sus ojos.
Tienes la ternura de una noche de estrellas en San Blas.

Pareces un atardecer desde la loma de Guayabillas:
cuando el sol se entierra en las calles de Ibarra,
esta ciudad con un ángel que vigila
a estos argonautas que un día se les prometió el mar.
Eres sublime como la fachada barroca de La Compañía,
que sabemos que existía porque así decían los abuelos.
Isadora tienes la fortaleza de los ibarreños
que regresaron tras cuatro años de La Esperanza
para levantar sus heredades tras el terremoto del XIX,
para apuntalar sus sueños desde la única palmera
que entregó su silueta a los solares de una urbe
construida desde un Torreón instalado en su memoria.

Eres más triste que un tren desvencijado en Lita.
Y yo tengo ese ímpetu de buscar el mar desde 1606,
en un tiempo de velámenes y de barcos que no esperan,
porque nunca llegas a esta tierra que te canto,
porque siempre te ocultas en las máscaras que guardas
aunque sabes que te nombro desde mis montañas,
que son dioses andinos con penachos de nubes.

Isadora te lloro los veintisiete lagos de Imbabura.

Los amores de Taita Imbabura

Cuentan que en los tiempos antiguos las montañas eran dioses que andaban por las aguas, cubiertas de los primeros olores del nacimiento del Mundo. El monte Imbabura era un joven apuesto y vigoroso. Se levantaba muy temprano y le agradaba mirar el paisaje en el crepúsculo.

Un día, decidió conocer más lugares. Hizo amistad con otras montañas a quienes visitaba con frecuencia. Mas, una tarde, conoció a una muchacha-montaña llamada Cotacachi. Desde que la contempló le invadió una alegría como si un fuego habitara en sus entrañas.

No fue el mismo. Entendió que la felicidad era caminar a su lado vislumbrando las estrellas. Fue así que nació un encantamiento entre estos cerros, que tenían el ímpetu de los primeros tiempos.

-Quiero que seas mi compañera, le dijo, mientras le rozaba el rostro con su mano.

-Ese también es mi deseo, dijo la muchacha Cotacachi, y cerró un poco los ojos.

El Imbabura llevaba a su amada la escasa nieve de su cúspide. Era una ofrenda de estos colosos envueltos en amores. Ella le entregaba también la escarcha, que le nacía en su cima.

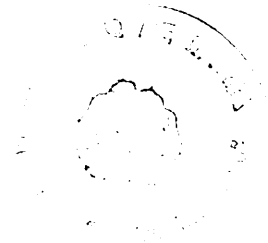
Después de un tiempo estos amantes se entregaron a sus fragores. Las nubes pasaban contemplando a estas cumbres exuberantes que dormían abrazadas, en medio de lagunas prodigiosas.

Esta ternura intensa fue recompensada con el nacimiento de un hijo. Yanaurcu o Cerro Negro lo llamaron, en un tiempo en que los pajonales se movían con alborozo.

Mas, el monte Imbabura -con el paso de las lunas- se volvió viejo. Le dolía la cabeza, pero no se quejaba. Por eso hasta ahora permanece cubierto con un penacho de nubes.

Cuando se desvanecen los celajes, el Taita contempla nuevamente a su amada Cotacachi, que tiene sus nieves como si aún un monte-muchacho le acariciara el rostro con su mano.

Taita Imbabura y los islotes



Taita Imbabura esperó con paciencia que las aguas amainaran, en los primeros días del Mundo. Después, con cautela tendió un puente de colores. Por allí se fue para iniciar sus amoríos con la montaña Cotacachi, también conocida como Huarmi Urcu, que significa Mujer-Montaña. Por el arco iris se lo vio pasar las cordilleras para amarse, entre los pajonales.

De estos amores, a los montes vigorosos les han nacido varios hijos: el Yanaurcu, un joven apasionado, que quiere decir Cerro Negro, y las chiquillas Putujura y la Negra, que recién están creciendo y por eso son aún lomas. Son hijos del Imbabura, el Taita o Padre, el más sabio de los montes.

Hace poco, Taita Imbabura se ha subido nuevamente al cuichi, como dicen los abuelos al arco iris. La amante Cotacachi, cuentan que por capricho, ha puesto a sus dos hijas rodeadas por una laguna. Eso le han dicho al Taita que ha querido conocer personalmente a sus gemelas, que se parecen islotes, donde llegan aves nómadas.

Taita Imbabura alarga su poderoso pie. Pero casi al descuido aparece el río Ambi que le corta el paso. El río está enfurecido y el Taita siente que sus pies se transforman en rocas.

No puede moverse pero allí está mirando con dirección a la laguna de Cuicocha. A veces, cae una llovizna en su cabeza cubierta de un penacho de nubes, como si estuviera llorando.

El gigante y las lagunas

A Robert Gibson

Hace mucho tiempo, antes de que los maizales florezcan, vivía por estas tierras de lagunas un gigante. Sus pasos eran enormes como inmensa era también su arrogancia. Recorría a grandes zancadas las distancias y le agradaba pararse en las colinas para contemplar el horizonte. A veces, se entretenía mirando cómo el Taita Imbatura se cubría con un penacho de nubes mientras —a lo lejos— el sol se enterraba entre las montañas azules.

Para el gigante una cañada no era obstáculo. Cuando se le interponía tomaba impulso y cruzaba tranquilamente, como si fuera una zanja. Para este inmenso ser subir a las montañas era cuestión de poco tiempo y por eso conocía todos los parajes.

Algo le intrigaba: las lagunas. Aunque las había visto de lejos se preguntó cuál sería la más profunda. Esa idea se había metido en la cabeza del gigante con tanta obsesión que decidió ir por cada laguna para comprobar por él mismo cuál sería la más honda. No se sabe si el coloso conocía que existían veintisiete lagunas pero recorría la actual provincia de Imbabura buscándolas con un afán inusitado. Cuando encontraba alguna sentía regocijo pero después este sentimiento se transformaba en una insana curiosidad por saber quien era más poderoso, él en su enormidad o la laguna, que guardaba el secreto de su hondura.

Huelga decir que en este empeño también existía una soberbia que el gigante poseía como si fuera una virtud. Como para él no había distancias imposibles y veía hasta los árboles como enanos, creía que era único y eso le confería una vanidad que insultaba la tierra por donde pasaba.

Por eso, mientras se recostaba en una montaña y miraba a las lagunas se decía que no eran más que simples charcos. Las comparaba con mínimas pozas donde se asentaba el agua. Ni qué decir de los verdaderos charcos porque el gigante ni siquiera los miraba.

Una día se decidió a emprender la aventura de conocer la laguna más profunda. Comenzó primero por la que creía más grande: Imbacocha, conocida ahora como el lago San Pablo. Las frágiles totoras cedieron a sus pies enormes y un remolino se formó cuando ingresó a grandes pasos hasta el agua. Se situó en el centro y entonces una gran carcajada se escuchó a la distancia. El gigante comprobó que las aguas le llegaban hasta las rodillas.

Se rió de buena gana y hasta tuvo la osadía de pasearse por las orillas dejando sus enormes huellas como una señal. Después, se enfiló hasta la laguna de Mojanda. Los matorrales del páramo danzaban con el viento, cuando el gigante introdujo un pie en este cristal de agua, de un azul intenso. Hacía un poco de frío pero se metió hasta donde pudo, es decir hasta sus talones.

Otra vez se escucharon sus formidables carcajadas que parecían reproducirse por los callejones de las montañas. Se mecía los cabellos y nuevamente regresaba a mirar cómo el agua bullía entre sus piernas.

Un tiempo después se dirigió hasta las múltiples lagunas de Piñán. Caminaba lentamente entre la niebla en esos parajes vastísimos llenos de misterio. Pero para el gigante las hermosas lagunas no presentaron obstáculo. Después de introducirse en sus aguas mansas comprobó que era el más poderoso.

Muchas lunas pasaron por la cabeza del gigante mientras recorría tras el misterio de las aguas. Decidió marcharse hacia otros lugares pero mientras trajinaba por las cumbres divisó un espejo minúsculo. Era una pequeña laguna en las estribaciones orientales del Taita Imbabura. Al principio no le dio importancia porque se dijo que era insignificante. Pero su testarudez era más fuerte y por eso dirigió sus pasos, que producían estragos en las altas hierbas, hacia el estanque. De cierta manera, así podría decir que había estado en todas las lagunas de Imbabura.

Cuando llegó miró fijamente el centro del agua. Se metió en esas aguas frías y negras. A lo lejos, un pájaro del monte silbó una premonición. Por primera vez sintió que no podía dominar a ese elemento apacible. Un temor le recorrió el descomunal cuerpo.

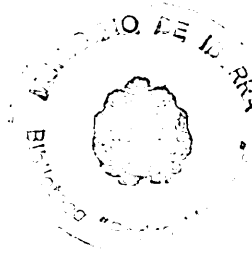
Las aguas ya presionaban su torso y sus pies se movían desesperados. Su rostro se convulsionó. En su desesperación alargó su mano hasta asirse del monte. Cerca del Taita Imbabura había una roca, pero el gigante estaba tan desesperado que uno de sus dedos perforó el peñasco, formándose una hendidura.

Un grito entrecortado fue lo último que dejó el gigante mientras se hundía en un remolino prodigioso, en esas aguas que habían sido despreciadas...

Hasta hace poco, existía la señal que dejó el enorme ser: la Ventana del Imbabura.

Mas, en el Cunro, donde pereció el gigante, a veces —sólo a veces— parecen agitarse sus entrañas como si una fuerza antigua habitara en esta laguna, que permanece escondida para nuevos desafíos.

Nina Pakcha



*H*asta el viento, cuando rozaba su cara, se detenía. Nina Pakcha, que significa Cascada de Luz, era una espigada joven que corría por los campos acariciándolos con sus ojos grandes.

Pero los maizales estaban deshechos. Una sequía no había dejado ni rastros de las sementeras. Los venados habían huido a otras tierras y los pájaros no cantaban al alba. Los abuelos se reunieron y llegaron a una conclusión: Taita Imbabura estaba enojado.

Era preciso sacrificar la más hermosa flor, a este dios colérico. Al menos eso era lo que creían los sabios que deliberaron en torno a una hoguera. Nina Pakcha, de pies ágiles, fue la elegida. Pero además del viento, otro se había prendado de su belleza: Guatalquí, que tenía tanto amor como valentía. Decidieron desafiar los designios del dios y de su pueblo.

Supieron que en la huida también está el coraje, cuando se enfilaron hasta Reyloma. Por las laderas iban, mirándose a los ojos.

Su pueblo, temeroso de más venganza del Taita Imbabura los siguió en una cacería de cuerpos, dispuestos al sacrificio. Fue un vértigo. Una fuga entre los campos de soles ardientes. Estuvieron a punto de atraparlos, pero ante sus ojos hubo un prodigio: Nina Pakcha desapareció.

En su lugar se formó una laguna. Taita Imbabura había aceptado la ofrenda, pero no estaba conforme: un destello cayó sobre Guatalquí, convirtiéndolo en árbol de Lechero, para que sea vigía de su amada. Hay quienes dicen que de esta forma el Taita protegió a esta pareja que huía del pueblo embravecido.

Después, una intensa lluvia comenzó a regar los campos de los sarances, es decir la tierra del maíz.

Hasta ahora, el árbol de Lechero mira amorosamente con dirección al agua. Hasta allí llegan los antiguos sarances para ofrecerle sus cosechas en estos santuarios naturales. A veces, también, sus hojas se mecen en dirección al Imbacocho, como se conoce al lago San Pablo, que se vuelve más azul por un instante.

El Cuy de Oro

*L*os primitivos rayos del sol eran su mayor ventura. Esperaba escondido y paciente en el islote más pequeño de la laguna. Asomaba, al descuido, su cabeza puntiaguda. Antes que el destello del astro llegara a las aguas, él parecía fortificarse atrapando la luminosidad en su pelambre. Era un mínimo instante. Su presencia era más momentánea que el viaje del haz de luz de la cresta de las montañas a las silentes aguas. Después, se refugiaba entre las rocas volcánicas y los arbustos.

Por eso era difícil encontrar al Cuy de Oro. Hasta donde vivía llevaba su nombre porque los abuelos habían llamado Cuicocha, o Laguna del Cuy, en honor a ese conejillo de Indias que también era un ídolo.

Había un secreto: mirarlo primero y así se adquiría poderes impredecibles. Lo otro, era que el Cuy de Oro observara a su hostigador. Con frecuencia sucedía lo último y entonces el incauto se convertía en gallareta, esas aves que revolotean cerca de las totoras. Debe ser por eso que muchos emplumadas aves iban de un islote a otro como si cacarearan sus desventuras.

Antonio Cushcagua había llegado antes del alba. En su caballo de totora surcaba cerca de los dos islotes de Cuicocha. Iba sin prisa porque, acaso, había olvidado el sortilegio. A la distancia escuchó a las gallaretas asustadas. Se dirigió en su frágil embarcación al islote. Como sin querer volteó su cabeza. En ese instante el primer rayo del sol se filtró.

Antes de que el resplandor entrara en las aguas, Antonio Cushcagua dirigió su mirada. Allí estaba, pero esta vez el Cuy de Oro fue el que quedó atónito. Sucedió que su pelambre dorado y su hociquito se pasmaron en un instante y el animalejo se inclinó al suelo. Estaba desmayado.

Antonio Cushcagua, sin codicia, se apiadó del Cuy de Oro y lo atendió hasta que se restableciera. Así fue que se hicieron amigos. Mientras el uno le llevaba golosinas, como mojicones y rosquetes, el otro le esperaba en el islote para convidarlo unos festines prodigiosos. Un día, Antonio quiso que su amigo le acompañara a las fiestas de Cotacachi. Se puso insistente, pero el conejo andino le contestó:

-No, mi querido Antonio.

-Por qué, si solo vamos un rato y volvemos, le dijo.

-Es que el día en que me saques de Cuicocha se seca la laguna, fue la respuesta.

Desde hace mucho tiempo que los dos personajes conversaban y por eso Antonio supo que lo que decía su compañero de la laguna era cierto. No insistió.

Fue en esa época que ocurrió el devastador terremoto de agosto de 1868, que destruyó no solamente Cotacachi sino muchas poblaciones, como la capital de Imbabura: Ibarra, fundada en 1606.

Después de la tragedia y aún con los escombros de las casas en la memoria, los cotacacheños decidieron edificar nuevamente su ciudad. Pero los ríos habían cambiado de curso y también el nivel de las aguas de Cuicocha, que habían subido de manera alarmante. No se discutió más. El Cabildo, reunido con todos los vecinos, decidió que la nueva urbe sería reconstruida en otro sitio. Nada menos que en las planicies de Tunibamba, para evitar cualquier nueva amenaza.

Para los tíopambas la noticia no fue muy grata. Ahora resultaba que en lugar de estar a tres leguas de Cotacachi estarían a seis, si se edificaba la urbe en Tunibamba. Algo había que hacer, pensaron estos antiguos moradores de lo que ahora es Quiroga. Tenían un aliado: Antonio Cushcagua, que no había dejado de visitar a su amigo en el tiempo del infortunio.

Sabían de su amistad con el Cuy de Oro y también conocían su

secreto: si era alejado del perímetro de Cuicocha, sus aguas se secarían.

Por eso pidieron, comedidamente, a su compadre Antonio que convenciera al cobayo brillante para que se ausentara por un tiempo, hasta que a los vecinos de Cotacachi se les pasara el susto de perecer ante una inundación.

No fue difícil persuadir al roedor bruñido. Después, pidieron a la Huarmi Urcu, o Mama Cotacachi, que llevara al animalito hasta las lagunas de Piñán. La montaña, antigua deidad, cumplió el pedido de los tíopambas y condujo al Cuy de Oro hasta esos parajes, procurando colocarle cerca de las aguas para que estuviera apacible.

Lo más difícil recién había comenzado. Los moradores de Quiroga se dirigieron hasta el Cabildo de Cotacachi para anunciarles que no había peligro para la urbe, porque simplemente en la hace poco laguna de Cuicocha no había agua.

Llegaron justo a la sesión porque uno de los concejales proclama, con voz enhiesta:

"...por lo anotado, honorables concejales, y señor Presidente del Concejo de Cotacachi, que meritoriamente preside, en segunda instancia, solicito dignamente el inminente traslado de nuestra inclita ciudad hasta Tunibamba, donde estará a salvo de una trágica inundación".

Fue allí que los tíopambas, atropelladamente al inicio pero después más solemnes, explicaron al pleno del Concejo que no debía preocuparse porque la laguna ya no tenía agua. El argumento fue una pedrada al descuido.

Después de desternillarse de la risa, los concejales los llamaron embusteros y hubo incluso quien hizo un gesto como si se tratara de una conversación de locos. Pero fue tanta la insistencia de los tíopambas que delegaron a un edil para que acudiera a comprobar semejante prodigio de mentiras.

Claro que tuvieron que soportar improperios y palabras de grueso calibre, porque los vecinos enseguida comprendieron que la intención de los tíopambas era evitar el traslado de Cotacachi. Pero se imponía también un instante de reflexión y por eso crearon una comisión que, al día siguiente, se dirigiría a inspeccionar la veracidad de las afirmaciones, por-

que después de todo estaba en debate el traslado de una ciudad.

Como habían salido muy temprano, antes del mediodía llegaron hasta el sitio. Franquearon la última colina y allí estaba Cuicocha, con sus dos islotes más solitarios porque –como habían dicho– la laguna estaba desecada.

Después de la primera impresión, la comisión tuvo tiempo de bajar por el borde, cubierto de algas, para hundir sus manos hasta el fondo. Desde ese lugar, las montañas que circundaban la extinta laguna parecían más inmensas. Después, con gran empresa volvieron hasta Cotacachi, casi al caer la tarde.

El informe del Comisario Municipal fue concluyente:

"... después de cumplir las tareas a mí asignadas, y como representante que la Comisión del Ilustre Municipio de Santa Ana de Cotacachi, que usted dignamente preside, debo informar –en honor a la Verdad– que –después de visitar la denominada laguna de Cuicocha– dicha laguna está seca. Al punto, que habiéndome metido en dichas aguas, su escaso caudal apenas me daba hasta las rodillas. Por lo tanto, debo indicar que dicha exhausta laguna no representa ningún peligro de inundación".

Los tiopambas disimularon su regocijo, porque los vecinos de Cotacachi decidieron reconstruir su querida ciudad en el mismo sitio y –como largo fue el cometido– hasta se olvidaron de volver por Cuicocha.

Junto al Cuy de Oro regresó también el caudal, de esas aguas cristalinas de Cuicocha. También volvieron las gallaretas y, claro, Antonio Cushcagua tuvo largas tardes de conversación con su amigo, que lo despedía mientras se alejaba en su caballito de totora.

A veces cuando llega la aurora, un hociquito de oro parece curioso entre los pedregales del islote, como si buscara unos ojos que lo miraran primero.



El cuichi

A Aarón y Washington Benalcázar

Le gusta bajar despacio hasta las vertientes o pogyos, como dicen los abuelos indios de Peguche. Entrar danzando en el agua. Se lo ha visto en la cascada desplegando sus colores fastuosos. Llega a la pakcha de Peguche, días antes de que los yachacs entren al rito. El cuichi puede presentarse en diferentes formas. Hay quienes lo han visto transformado en una recua de burros furiosos o en una piara de cerdos gruñones. Persigue a los indios que llevan ponchos rojos con franjas verdes y si atrapa a una embarazada en lugar de cría le nacen renacuajos y lagartijas.

Es posible que el cuichi atrape a alguien que pasa cerca del pogyo. Entonces, su cuerpo se llenará de sarnas imposibles de curar, a no ser que los curanderos bañen al contagiado con abundantes orines. Los yachac envuelven en humo a quienes el cuichi decide acariciar.

A veces, el cuichi se apodera de las vestimentas puestas a secar, cuenta Rosa Lema. Las eleva por los suelos en un ruido vertiginoso y solo el auxilio de varios hombres ha podido arrebatarse la ropa, antes de que la lleve a la cascada.

Hay dos clases de cuichis. Aquel que aparece con sus siete colores, como un arco entre las colinas, y otro que es blanco, pero que se recuesta en el suelo como una gran manta. Este último también se llama Gualambari y dicen que tiene tratos con los brujos. El cuichi es el arco iris, que anda como quiere por Imbabura.

Los mechayas

*E*l ruido de la acequia parecía perderse en la noche cerrada. Apoyado en un cayado imprevisto un vecino de San Blas de Urcuquí se habría paso por los surcos. A lo lejos, el viento parecía estrellarse entre las montañas y volverse hacia los pastizales. La neblina caía ocultando las torres de la iglesia.

Al frente, la oscuridad como un presagio. Sin aviso, una ráfaga de luces mínimas pasó por sus ojos. Destellos como grandes luciérnagas. Más de una docena de centellas que se movían vertiginosas, pero que también se detenían para reanudar un vuelo que ora era a ras de suelo, ora por la cabeza del aturdido campesino. Los fuegos, del tamaño de un puño cerrado, ascendieron por el aire. El hombre estaba hipnotizado por esas llamas circulares. Recordó vanamente una historia, pero sus ojos seguían al torbellino de resplandores. Otra vez, el concierto de luces golpeaba al viento. Iban en una hilera magnífica, como si siguieran una ruta. Antes de esfumarse, pasaron tan cerca del espectador que si alargaba su mano habría atrapado una esfera.

Al otro día, mientras relataba su experiencia en el poyo de la casa, cerca de la iglesia, un hombre viejo le dijo: eran mechayas. Son como fuegos fatuos. Mecheros de las noches funestas. Al atraparlos -aunque sea a uno- se convierten en saquitos de oro.

Aya Huma

A Carlos Jara

*L*a luna estaba en lo alto. Afuera, las últimas melodías de la fiesta eran un recuerdo. El hombre se había recostado a pensar en su soledad. Triste evocaba a los amores muertos. No tenía deseos de volver a bailar, aunque era la época de agradecer por las cosechas.

Estaba por conciliar en sueño cuando sintió tremolar el suelo: un terremoto de melodías que parecía venir de las entrañas de la tierra. Una sonoridad profunda de zapateos que hacían vibrar su cuerpo. Escuchó airadas voces que animaban a la algarabía, que se sucedía en su patio.

Pensó que los músicos habían regresado. Sin ánimo acudió hasta un rincón donde estaba el pondo de chicha, para brindar a los bailarines. Pero no entraban a su casa. Extrañado, miró por una rendija:

Los danzarines eran descomunales. Tenían apariencia humana y sus movimientos eran enérgicos con un compás que encerraba una inquietante belleza. Bailaban en círculo, agitándose violentamente hasta llegar a un éxtasis, precedido por las flautas entonadas con maestría.

Era un llamamiento de exaltación a la vida, con una danza, acompañada de inmensas caracolas ceremoniales que retumbaban en el aire. Eran seres de otro mundo, formidables criaturas que tenían una cabeza con dos rostros y cuando giraban parecían fundirse en un remolino con sus cabellos firmes y extraños. Contemplar las dos caras, que poseían cada uno de los danzantes, era un vértigo: parecían que nunca dejaban de mirar porque mientras la cara de adelante estaba pendiente del interior del círculo, la de atrás seguía el exterior de la

celebración y como se movían alternadamente los incontables ojos despedían un brillo intenso. Tenían orejas desproporcionadas y sus narices parecían cubrir todo su semblante, pero se movían con gracia.

Recorrían el mínimo patio en una nueva alineación. Entonces se podía apreciar que había quien llevaba un bastón de mando y otros entonaban las caracolas, donde se reflejaba una luna tenue.

Fue en esta nueva imagen que se presentaron enteros: los pies tenían para atrás pero eso en lugar de ser un impedimento parecía una virtud porque eran diestros danzarines, y tenían un apretado pelambre que cubría sus extremidades que no tocaban el suelo. Y otra vez el tortismo hermoso: un deslumbramiento que estaba aunado al pavor de comprobar que no eran humanos. Fue un instante. Después, se esfumaron en los maizales.

Cuando recobró el aliento tenía otro semblante: había contemplado a los aya humas, esos seres con cabezas de diablos que danzaban para los elegidos, pero que también significan la fuerza de los caudillos. Pero no eran como los diablos europeos con afiladas colas, que venían del Infierno, éstos eran deidades andinas que insuflaban vitalidad a las antiguas ceremonias.

Nunca fue el mismo. Por las tardes pensaba en esas danzas prodigiosas y decidió confeccionar una vestimenta para hacer honor a sus visitantes. Entonces, la máscara tuvo dos rostros y grande fue la nariz y desaliñados los cabellos de colores.

Una nueva fiesta para agradecer a las cosechas llegó y asistió con su indumentaria de aya huma. Parecía un diablo andino cuando entraba presidiendo el combate para tomar la plaza, danzando con un vigor insólito. Todos le respetaban. No sufría caídas y era el primero en entrar a la pelea y el último en dejar el baile. Cuando dormía entre las espinas no tenía rasguño y siempre se lo encontraba cerca de las cascadas y las lagunas. Un día desapareció. Hay quienes dicen que los aya humas lo llevaron, para dotarle de fuerza a su cuerpo y espíritu.

Otros, en cambio, afirman que vive entre los lugares sagrados. Sin embargo hay algo en que todos coinciden: cuando danzaba sus pies no tocaban la tierra.

Las Tres Piedras

Desde arriba, se podía mirar al río Tahuando ir plácido en busca del mar, serpenteando rocas y musgos, acariciando guabos y totoras hasta llegar a los encañonados y a las sucesivas vertientes para que lo fortificaran. Al frente, el Alto de Reyes con sus arbustos parecía una mínima montaña que pretendía ocultar a la laguna de Yahuarcocha. Abajo, los antiguos olivares aún conservaban sus raíces férreas y el recuerdo de la cosecha.

Tres gráciles mujeres bajaron por la pendiente de piedras hacia el río, en Ibarra, la ciudad de las paredes blancas. Llevaban los cabellos sueltos y los pies al viento. Iban a bañarse en el surtidor de aguas curativas. Sus risas se confundían con los cantares que traía la corriente desde las montañas.

Eran muchachas y reían mientras se desvestían para su baño de aromas de azahares y geranios. Sus piernas eran dóciles a las hierbas mojadas y sus labios eran frescos, como las gotas que salpicaban sus caderas. Estaban desnudas y sus espaldas tersas se arremolinaban bajo el chorro firme, que caía desde sus cabelleras ensortijadas. Sus ojos tenían los paisajes de estas tierras generosas.

Unos hombres las observaban ocultos en los matorrales. Tramaban el ultraje contra estas vírgenes de olores de durazno. Las doncellas, sin percatarse, jugueteaban con el agua y sus cuerpos eran como garzas que se posan sobre un estanque.

Los tunantes se acercaron para tomar a la fuerza lo que se les había negado con la ternura. Las zagalas comprendieron sus intenciones perversas. Cuando sus manos se acercaron a sus figuras, los hombres sintieron una dureza de alabastro. Las muchachas se habían transformado en tres piedras. De lo que antes eran sus labios brotaban tres ojos de agua, pero era como si fueran hechos de lágrimas.

Al bajar al río, las tres piedras con fulgores de mujeres están allí. Cuando se zambulle en su torrente es como si unas manos recorrieran una piel ajena, pero también con gemidos traídos de otras épocas.

Campana de Pimampiro

Caía la noche sobre las inmensas regiones donde las lagunas y montañas eran dioses. Era una época donde la Luna tenía sus adoratorios y los pueblos intercambiaban ají y maíz; las conchas spóndilus eran monedas, más valiosas que el oro. Llegó la Espada, muy cerca le acompañó la Cruz.

Los curas doctrineros eran los encargados de recorrer las casas buscando lo que ellos llamaban los falsos ídolos: tenía a un dios con corona de espinas que prometía el Paraíso. A esta operación se llamó extirpación de idolatrías y consistía en destruir a los mínimos dioses protectores, que habitaban en las moradas, para instalar a sus santos, de cabezas calvas y que batallaban con demonios de olores de azufre.

Pero no todos los indígenas estaban dispuestos al sometimiento colonial, que incluía desmembrar a las familias en el trabajo de las mitas y obrajes. Se sabía que los indios arwak, de las Antillas, se había suicidado colectivamente o los indios del Valle del Cauca, en Nueva Granada; otros, como los quijos —después de la fracasada sublevación de 1578— eligieron estrangular a los recién nacidos para que en el futuro no pagaran tributos a los españoles. Y, claro, existieron muchas sublevaciones ocultas para la historia de quienes escribían con los ojos de los conquistadores.

Hace poco habían llegado los curas doctrineros al sector de Pimampiro. Habían anotado bien el año: 1679. Era una tierra fértil y sus parcelas, en los tiempos de la Luna, eran apreciadas por los amautas por su producción de la sagrada hoja de coca.

Los sabios de estos pueblos –los únicos que podían utilizarla- conversaban con los dioses como si fueran personas. Al inicio, los curas se dedicaron a levantar una iglesia y arriba colocaron una pesada campana para llamar a la misa. Los indios fueron, pero obligados. Escucharon las palabras de un dios crucificado. Después, supieron que la campana no les libraría de que los primogénitos tuvieran que ir de esclavos a las mitas.

Un día hubo revuelo. Los clérigos habían bajado al Valle del Chota por provisiones. Cuando volvieron al sector de Pimampiro no encontraron a nadie. Los indios habían huido llevándose hasta la campana, con dirección al Oriente. A veces, dicen los viajeros, es posible escuchar a ese pueblo perdido que hace sonar aún la pesada campana, que llegó allende el mar en carabela.

Maese Sánchez, el organista

*H*asta inicios del siglo XX, las ánimas tenían permiso para deambular por las calles de Ibarra, como si se trataran de otros habitantes más que tenían el derecho de aparecerse de improviso en cualquier recoveco o esquina. Al menos eso era lo que creían nuestros mayores infundidos por un miedo producto de esa malsana idea del pecado.

Ese miedo que después se transformaría en creer que hasta el éxito o la felicidad son imposibles para los humildes. Nada mejor, en aquella época, que ser pobres para ganar el Cielo, aunque ahora se sabe que los ricos la pasan de maravilla y que ser rico no es sinónimo de ser necesariamente malo.

Por eso no era extraño que quienes estaban vinculados a esas cofradías de expiación de culpas miraran seres malévolos. Eso, al parecer, le ocurrió al organista de La Catedral, Miguel Sánchez, que refirió esta leyenda los niños del barrio, quienes absortos le creyeron, en medio de temblores. Porque eso sí, nada mejor para un padre que amenazar a su hijo con las almas en pena para que terminara la sopa, o la mazamorra como se llamaba en esa época.

Miguel Sánchez no solamente era el organista de La Catedral sino que tenía un conjunto de música junto con sus hijos: Rafael, en el violín; Segundo, en la flauta y Luis en la guitarra. No se contentaban con ejecutar la música clásica europea sino que eran asiduos amantes de las melodías de estas tierras, como el pasillo ecuatoriano, dotado en esa época de una estructura más acrisolada y laboriosa.

Eran además, como todo músico que se precie, compositores.

Una noche tuvieron una tocata, como se decía entonces. Salieron los músicos con sus instrumentos a recorrer las calles de Ibarra. El padre acompañó a sus hijos cerca de la casa y los despidió porque tenía que dirigirse hasta La Catedral para sentarse frente a las teclas del órgano, en la primera misa de cuatro. Como era cerca de esa hora trató de darse prisa.

Un amigo, también del elenco musical, lo acompañó hasta cerca de La Catedral. Fue tentado por el organista que se había procurado una media limeta, como se decían a las medias botellas de aguardiente. Así que se quedaron libando y conversando, mientras la luna menguante se deslizaba por medio de las nubes pardas.

A diferencia del relato de Gustavo Adolfo Becquer —de Maese Pérez, el organista— nuestro músico no habría de volver del otro mundo a entonar sus prodigiosos melodías sino que tendría una experiencia inverosímil.

Estaba con su amigo, a lado derecho de La Catedral, enfilando el codo cuando miraron una silueta cerca del portón. Intuyeron que tras el ceñido vestido negro y mantilla que cubría su rostro se escondía una mujer de caderas frescas y labios húmedos. Supieron que no era una beata normal porque no era enjuta sino que a sus pliegues de su traje parecían concurrir oleajes de azahares, perceptibles a la distancia. Se acercaron. La calle escasamente alumbrada por mecheros.

No hay que ser ingenuos. El organista y el otro intérprete habían calculado con anterioridad un fecundo lance amoroso. Le ofrecieron una copa del trago de caña. La mujer —con voz argentina— aceptó y en ese momento fue como si su cuerpo se hubiera trasladado intempestivamente unos metros más allá. Como si sus pies flotaran por los aires.

La dama, que permanecía tapada, era provocativa. De eso no tenían duda nuestros personajes quienes la siguieron por las callejuelas. Evitándoles siempre pero dejando ese hilo con lo prohibido, la dama de la noche condujo a los músicos a esa aventura con sopores de aguardiente.

No se percataron cuando llegaron hasta el final de la calle Salinas, conocida como Pakcha, que para los indígenas significa Cascada y que es un lugar donde se mueven los espíritus andinos. Ese lugar se había convertido en una especie de botadero de desperdicios. La mujer cubierta con su ropaje azabache por fin pareció aceptar el brindis.

Levemente puso menos distancia. La mujer alargó la mano. Antes de topar el líquido extendió los brazos. Quisieron dar un paso más pero algo en el ambiente, acaso el ruido del río Tahuando, los volvió a la certeza. Por eso, en un mínimo instante, pudieron contemplarla.

De su mantilla, que antes ocultada su cara, mostraba un esqueleto lustroso, con algunos restos de su cabellera gastada. Las manos severas y huesudas guardaban carnosidades enlazadas con un traje que —de repente— se había vuelto añejo con un olor de tumba. La dama trágica flotaba en el abismo, a menos de una vara de los trasnochados.

Atrás, el Alto de Reyes era una sombra espesa y el fragor del río Tahuando nuevamente los apartó del encantamiento maléfico. Allí comprendieron —cuando se esfumó la mujer de labios gastados— que estuvieron a un paso de caer al abismo.

De rodillas y puestos las manos rezaron el Canto de las Vacas, que era una oración que se usaba en esos tiempos para espantar Aparecidos. Los versos se han perdido al igual que el sonido del órgano de La Catedral, que se pudre arriba del coro. Sin embargo, cuando se camina por esas calles, como la actual García Moreno, es como si nuestros mayores nos visitaran desde otras dimensiones.

Acaso, en esos mundos paralelos que existen para los más sensitivos, aún maese Sánchez siga mirando a una mujer fatal que le atrae, para después —flotando en el aire— lo lleve hasta el precipicio de su propia música.

La Luterana

La niebla descendía sobre los tapiales cubiertos de pen-
cos. Sus vapores eran como inmensos tules que se despleaban por
los árboles de nogales y sobre las sementeras de maíz. Nadie sabía
de dónde venía pero cuando llegaba el campo era arrastrado por
una bruma que no mojaba pero que parecía atravesar el cuerpo.

En Natabuela la neblina ocultaba las mínimas casas que apa-
recían y desaparecían como si fueran fantasmas. Y de aparecidos
que hablaban mientras encendían los candiles.

-Tendrás cuidado, Miguel, decía un viejo a un mocetón de
largas patillas.

-Pero Don Remigio, eso de La Luterana es un cuento para
niños, replicaba el mozuelo, que tenía un aire de atrevimiento cuan-
do opinaba.

Se refería a una aparecida que merodea, precisamente entre la
niebla y que pasaba por las calles de Atuntaqui.

Para conocer más de esta leyenda es preciso referirse a anti-
guos relatos. Los luteranos tenían prohibida la entrada al Nuevo
Mundo, por una disposición del Rey de España, que defendía con
ahínco la religión Católica del Protestantismo. Claro que igual de-
fendía sus obrajes y los jugosos ingresos que desangraban las tie-
rras, allende el mar.

Durante la Inquisición, cinco de estos practicantes fueron
ajusticiados. En Riobamba, en el entonces Reino de Quito, fue ulti-
mado Sibelius Luther, un médico austriaco que tuvo la osadía de

ayudar a los indios de Guamote. Lo mataron los nobles —aquellos que no se ensuciaban las manos con la tierra— con sus afiladas espadas, dentro de una iglesia, en el siglo XVI.

Corría el año de 1571, cuando era presidente de la Real Audiencia de Quito Lope Diez de Armendáriz. Sibelius Luther, un austriaco que se embarcó hacia América, había llegado, huyendo de sus propias desgracias y un crimen pasional. En estas latitudes comprobó lo desprotegidos que estaban los indios en manos de los nuevos amos, llegados en barcos, que imponían su ley con el látigo. El médico era famoso en Europa y decidió entregar sus saberes al bienestar de los desamparados. Construyó una barquita y le emocionaba surcar la laguna de Colta en las noches de Luna. Los indios apreciaban sus concejos y le cantaban cuando llegaba.

Tenía un enemigo: el cura Horacio Montalbán, quien "lo acorraló como fiera escapada de su madriguera", según refieren las crónicas. No sólo que prohibió el trato con el luterano sino que decretó que no se le venda víveres y, por si acaso, lo excomulgó.

El cura ordenó que fuera apedreado si se acercaba a la iglesia o al cementerio y aquel que lo trataba también sería excomulgado. Un día el sacerdote lo encontró cerca de la plaza. Estaba desaliñado y con una barba maltrecha. El cura se indignó de hallarlo andando libremente, cuando él ya había ordenado apresarlo para enviarlo hasta Quito, a la sede del Santo Oficio de la Inquisición. El clérigo estaba furioso. Se acercó al hombre perseguido y lo abofeteó. El otro, rodó por los suelos y no tuvo ánimo de levantarse, pero su voz tronó: "Ave agorera, algún día cortaré esas manos que se levantan injustas contra mí".

Convertido en mendigo, deambulaba por las calles polvorientas, con su razón pendiendo de un hilo. Fue acusado de blasfemo por no pedir caridad en nombre del Dios de los Católicos.

Un día, acudió a la iglesia. Miró que Montalbán, desde el púlpito, proclamaba el amor a los desprotegidos, el perdón a los enemigos, el servicio por los desvalidos, la repartición de los peces y los panes.

El antiguo galeno se enfureció. Cómo alguien que dice amar al prójimo puede levantar los sacramentos, se dijo. Miró la hostia al cielo. Se escurrió por los linajudos trajes, que ostentaban los nobles, aquellos que así se llamaban para esconder sus oscuros pasados. Se había procurado un cuchillo. Cuando trató de herir esas manos que ofendían, los hidalgos desenvainaron sus espadas y, allí mismo, lo atravesaron en la soledad de sus harapos.

Su cabeza decapitada colgó de una pica, y sus miembros fueron repartidos por todo el territorio como un escarmiento, después de ser arrastrados por los recios caballos de los corregidores.

Pasaron los siglos y cuando requirieron el estatuto de Villa, se fueron a España, con el recuerdo de su proeza. Felipe II les concedió el título y una recompensa: el escudo de la Muy Noble y Muy Leal llevaría la cabeza del luterano, cruzada por espadas, y también un cáliz. Quien creyera que hasta ahora esos ojos ensangrentados miran desde el pasado, y hasta la tierra de los indios que ayudaba, Guamote, tiene en su escudo la cabeza de su protector, al que lo llamaban "Padre Blanco", por sus curaciones.

Los antiguos habitantes de la Villa del Villar Don Pardo, como se llamaba Riobamba, creyeron que Luther —su apellido— significaba que era luterano. Es que nadie que no fuera de España podía aventurarse hasta América, peor si profesaba esa religión que había denunciado los excesos de los Papas y que en la voz de Martín Lutero creó un cisma en la doctrina de un Jesús, que amaba a los pobres.

Por eso, el sólo nombre de La Luterana evocaba no sólo la herejía sino también historias terribles, creadas por quienes defendían a ultranza la única fe posible, alimentadas en los cuartos de tortura de la Santa Inquisición, donde cualquier podía confesar tratos con el diablo o quien decía que la Tierra giraba alrededor del Sol podía ser perseguido como hechicero.

Todas historias, que circulaban desde hace siglos, habían convertido a los luteranos en seres, por poco, emparentados con el mismo diablo. Por este motivo, se puede imaginar que solamente con nombrar a La Luterana ya era una presagio de mal agüero, en los

tiempos en que en Natabuela y Atuntaqui corrían las historias de aparecidos. Además, a finales del siglo XIX quienes se aventuraban por los callejones debían estar pendientes a encontrarse con todo tipo de fantasmas.

Pero, como se ha dicho, Miguel no creía en esos relatos.

Se había despedido para dirigirse a las afueras de Atuntaqui, donde había una cantina disimulada, donde también se jugaban cartas. Allí estaba su amigo, Alfonso, que tenía una botella de Mallorca, que era un embeleso para cualquier borrachín.

Los dos hombres platicaron hasta entrada la noche. No había prisa. Afuera, la niebla parecía ondular por los tapiales. Un perro, a lo lejos, aullaba lastimero a una luna que se había marchado, desde temprano.

Entre tropiezos abandonaron el recinto. No llevaban mecheros, porque iban abrazados, elogiando aquellos tragos prodigiosos. Se apartaron un poco, cuando entraron a un pasadizo. Un viento helado pasó raudo. Esa fue una premonición. Sintieron como la velloidad de sus brazos se crispaba. Sus cabellos se erizaron y las piernas tuvieron un temblor inusitado. Regresaron a mirar. Allí estaba:

No era una luminosa presencia. Las facciones, al primer momento, parecían emerger de la niebla instalada en su rostro: un vaho tenue de antojadiza presencia. Una negra mantilla cubría esa faz, agitada por el viento. Su traje era un mirlo asustado que flotaba dejando traslucir un talle firme. Larga túnica que podría ser también un vestido evaporándose. Cuando miraron sus pies no los encontraron: la visión estaba suspendida dos palmos del suelo y por eso su manto surgía de la nada. Los brazos, metidos en esa vestidura trágica se desplegaban como si fuera una cruz y revoloteaban como mariposa enorme y maligna. Ahora, avanzaba lentamente por el aire, flotando como la niebla, como unos pasos que entran al Abismo. Se detenía, para suspenderse nuevamente de una corriente que llegaba hasta la piel de estos muchachos estáticos. Otra vez, quisieron descubrir su rostro y lo hicieron: era una calavera, de sinuoso pasado, que parecía tener fuego en su interior.

Fue en ese momento que La Luterana los miró a los ojos.

Quiso penetrar sus miedos pero también una fuerza misteriosa de supervivencia empujó sus extremidades que hasta hace poco no respondían. Mientras corrian por los descampados, sintieron que la Aparición les perseguía a corta distancia. Fue un vértigo. Unos instantes interminables, con una lentitud propia de quienes van a morir. Parecía que el Mundo conspiraba para que el aire detuviera sus correrías, para que esas manos sepulcrales asieran las camisas de quienes huían.

Saltaron los tapiales. Cayeron de bruces y se levantaron. Los dos muchachos tuvieron la fuerza para salir despavoridos, ahora, como pólvora en sus pies entumecidos. Un último aliento de la Dama de la Muerte, alcanzó al más joven.

Llegó Alfonso con los ojos cargados de pesadumbre. Miguel, en cambio, tenía aún mínimos temblores en sus manos. La visión habría de durarle muchos días. Los perseguía en cuanto cerraban los ojos.

Y otra vez, Don Remigio habló, esta vez con propiedad.

-Agradezcan hijitos, les dijo, a los jóvenes ya restablecidos, que La Luterana no les atrapó. Si lo hacía tiene una fórmula para matar a sus víctimas: por medio de la risa.

-Quien creyera, continuó, que uno podría morir a carcajadas mientras observa su osamenta. Ocurre que La Luterana hace cosquillas con sus manos esqueléticas.

Después se lanzó un sermón.

Habló que, por suerte también, el espíritu persigue a los maridos infieles.

Pero cuando se refirió a estos sucesos, su voz se quebró. Los ojos de Don Remigio volvieron al pasado.

Los mozueros sospecharon, que el viejo no les había contado toda la verdad.

Afuera, nuevamente la niebla irrumpía por los tapiales, cerca donde crecen los árboles de nogales, donde pasaba la quebrada de Atuntaqui. Esa misma neblina que se escurre por callejones que ahora nadie reconoce.

Triángulo de brujas

El cuerpo se inclinó levemente y con un mínimo viraje de la mano izquierda entró en la primera nube. Iba con los brazos extendidos y los vapores se deshacían en su traje de pliegues blancos. Un resplandor. El viento alisaba su rostro y su larga cabellera flotaba libremente en un vuelo enigmático, como si sólo al evocarlo produjera un escalofrío en el vientre.

Después, realizó un giro perfecto y se detuvo en el aire, en el momento en que la nube, ahora sobre su cabeza, se dispersaba en una danza de inmensos velos naturales. Fue un mínimo instante. Un destello. Miró hacia abajo: emergiendo de la niebla, estaba el pueblo de San Blas de Urcuquí, con sus casas de tejas alineadas en ese color ocre que parecía quedarse suspendido en las mínimas ventanas de madera, donde se colgaban algún macetero de geranios.

Desde arriba, se miraba a los tapiales, con musgo, y después las hileras de pencos azules que delimitaban las parcelas. Más allá, una inmensa colina y los árboles frutales y también el ruido de las acequias de agua que pasaban por conductos mínimos literalmente por adentro de algunas moradas.

Pero el pueblo tenía tonalidades pardas, merced a la luna que parecía crecer a la distancia. La mujer tenía los ojos semiabiertos y un rostro apacible. Los brazos eran torneados y su cintura firme. En ese momento, un aire frío se coló por su vestido ondulante y entró por sus piernas, para producirle un espasmo seductor.

Isadora regresó a mirar. A escasos metros estaba la otra bruja, Eloisa, deslizándose en el viento, con sus brazos extendidos. Hicieron un nuevo giro y se dirigieron directamente a la torre de la iglesia y se posaron como si se fueran enormes pájaros, pero con unos senos que se intuían profanos, bajo los atuendos sin corpiños.

Eran dos voladoras, porque así —aunque nadie les había visto— las conocían en poblaciones como Urcuquí, Pimampiro y Mira, un triángulo perfecto donde revoloteaban estos seres de carne y hueso, que tenían el don —la terrible gracia— de elevarse por los cielos.

—Eloisa, viste si estaba prendida la casa del cura, dijo Isadora, al tiempo que se acomodaba una cabellera lustrosa.

—No, parece que ya apagaron el mechero, fue la respuesta, de esta bruja que miró de soslayo. A diferencia de las hechiceras nórdicas, que volaban con escoba, estas magas andinas eran parte de una tradición que llegó, allende el mar por carabela, huyendo de esa España de los inquisidores y sus métodos de hierro y fuego.

Volaban estiradas las manos, y con una fórmula secreta, que en su última parte decía: "De villa en villa, de viga en viga, sin Dios ni Santa María".

Pero, ahora, las dos mujeres revivían, entre risas, el plan que habían ideado para librar a dos de sus amantes de la inminente reclusión a esos ejércitos que no se sabían si eran conservadores o liberales, en una época —en la segunda mitad del XIX— donde las noticias llegaban, desde Quito, después de una semana y eso si el correo no se extraviaba en el tambo de Malchinguí, donde decían que a los viajeros despistados les hacían fritanga, para alimentar a nuevos clientes.

Las distancias eran tan largas y los caminos no siempre eran los más seguros y no sólo por los bandoleros, sino porque había que recorrerlos a pie debido a que pocos tenían caballos y peor carruajes, en unos senderos donde la Naturaleza se ensañaba con derrumbes o con correntadas de ríos bravíos, que se llevaban pueblos enteros, como sucedía con los asentamientos de los negros, en las riberas del Chota.

Claro que las noticias llegaban más rápidamente que en la época colonial, cuando se tardaba medio año en atravesar los mares hasta conocer la funesta noticia de la muerte de algún rey de España o el

nacimiento de un primogénito, que servía igual para los ocho días de festejos de toros populares. Sin embargo, cuando se trataba de tumbar gobiernos, los habitantes del norte de Ecuador se enteraban primero de los rumores y sucedía que se organizaban las defensas cuando ya estaba tumbado el gobernante.

Sin embargo, estas informaciones -para quienes estaban prevenidos- llegaba el mismo día de los acontecimientos por una vía impensable: las voladoras. En vuelos prodigiosos, las brujas del triángulo de Urcuquí, Mira y Pimampiro se dirigían hasta la capital para traer todos los acontecimientos y hasta el último grito de la moda.

Es que eran más ágiles que las novedades que desembarcaban en el puerto desde un París, con medio año de retraso, porque los buques tenían que bordear el Estrecho de Magallanes, allá por la Patagonia y después ascender desde el puerto de Guayaquil, durante 15 días, hasta enfilarse en los páramos y llegar hasta Quito, y eso cuando no era invierno, porque entonces el trajinar era impensable. De allí, cuatro días más hasta cualquiera de los pueblos, como era el caso de Urcuquí. Para el caso de las voladoras las distancias simplemente no existían.

Y eso era precisamente el motivo de las risas de las brujas, que estaban encaramadas en la torre de la iglesia de San Blas, como si fuera el salón de recibir de su propia casa. Es que se habían enterado de la llegada de un batallón del ejército de conservadores para reclutar a los muchachos para derrocar al recientemente instalado gobierno de liberales. Claro que los uniformados no preguntaban por ninguna filiación política sino que eran escogidos según aparecían los paisanos, en un país de 600.000 habitantes, donde hasta hace poco sólo votaban 1.500 personas, que eran los ciudadanos, es decir que tenían más de 200 pesos para serlo, a finales del siglo XIX.

Hace poco habían llegado estas huestes hasta Urcuquí. Unos pocos uniformados habían escuchado, en medio de una noche cerrada, una algarabía que provenía de una casa. Esta pertenecía a una encantadora que tenía un baile en su patio, lleno de geranios. Cuando escucharon los golpes en la puerta y tras conocer el motivo de la interrupción, la mujer negó que allí se encontraran hombres. Cuando entraron los soldados lo único que encontraron fueron racimos de plátanos.

Uno de los malcomidos de la tropa se llevó a hurtadillas un plátano y por eso cuando se evaporó el embrujo, a un racimo -mejor dicho a un hombre- le faltaba una parte del poncho. Es que las brujas convertían a sus amantes en ramilletes de bananos, que los tenían colgados cerca de los tendales, donde se ahumaban las carnes. De eso -de la cara de sorpresa del paisano al mirar su poncho que le faltaba una esquina- se reían las dos muchachas, sentadas encima del campanario.

Habían salido a tomar un poco de aire y también para comentar los antiguos sucesos, que les contaron las abuelas, que ahora se habían contentado con transmitir una sabiduría muy antigua en el arte de la brujería.

Isadora recordó una antigua leyenda, contada alrededor de una hoguera, cuando era una niña, cuando daba sus primeros pasos como aprendiz de maga.

En cierto país distante, existían unas brujas que se reunían en sus aquelarres para bailar en torno al fuego e invocar a las fuerzas malignas. Era en un profundo bosque que los viajeros procuraban evitar, porque sabían de las artimañas de estas mujeres, que -se decía- conferenciaban con el mismísimo Satanás. Acertó a pasar por esos parajes, acaso perdido del camino, un jorobado que se quedó casi petrificado cuando -separando unas ramas- miró a las brujas danzando en torno al fuego.

-Lunes y martes y miércoles, tres, decían las hechiceras y se movían con sus piernas ágiles para volver a repetir:

-Lunes y martes y miércoles tres, replicaban y sus rostros en la oscuridad parecían multiplicarse en medio de las sombras.

El jorobado, acaso contagiado con la melodía, replicó desde su escondite:

-Jueves y viernes y sábado seis.

Hubo un silencio hasta que una bruja, que parecía dirigir el aquelarre se plantó con una mirada que escudriñaba la noche:

-¿Quién fue el que digo eso?

El hombre del bulto se quedó pasmado. Después, tímidamente, se acercó donde estas seductoras mujeres que le aguardaban.

-Por ayudarnos a contemplar nuestra canción recibirás una recompensa, le dijo la maga, con unos ojos siniestros pero con la sonrisa amable.

-Te quitaremos la joroba, exclamó y al punto el campesino adquirió una forma espigada y se adentró en el bosque más contento que un conejo que se libra de un halcón. Además, le obsequiaron un talego de oro.

Llegó al pequeño pueblo donde vivía y la noticia se propagó a otros sitios que no tardó en llegar hasta un codicioso que pensó obtener también una recompensa en oro de buena lid.

Se dirigió por el bosque y con tan buena suerte -así lo creyó- que se encontró, al cabo de varios días, con el mismo aquelarre de brujas, que cantaban en medio de la noche, en torno a la hoguera.

-Lunes y martes y miércoles tres, seguidas de un coro que replicaba:

-Jueves y viernes y sábado seis.

Las hechiceras iban tomadas de las manos en esta ronda que atraía, por sus voces melódicas pero también por el arrebató con que se movían en torno a un círculo que, acaso, representaba algún ritual antiquísimo, alguna simbología de los tiempos en que los astros eran dominados por seres que conocían sabidurías herméticas. La canción seguía en ascenso -*in crescentó*, como dicen los músicos- y parecía que las cabelleras lustrosas de las brujas se mecían en un aire liberador, mientras las llamas creaban sombras que parecían formar entes que huían despavoridos por medio del bosque.

Lunes y martes y miércoles seis; jueves y viernes y sábado seis...

A esto, con gran sonoridad, el curioso replicó:

¡Domingo siete!

Las brujas se detuvieron en el acto y hasta las llamas parecieron petrificarse.

-¿Quién dijo eso?, dijo la encantadora.

Saltando, desde los matorrales, llegó el astuto hombre, que seguro, sería recompensado por tremenda inspiración.

Fue recibido solemnemente, en el centro del círculo. Y la dama de la noche habló:

-Por haber interrumpido y arruinado nuestra canción recibirás como castigo esta joroba, exclamó airada, al punto que colocó sobre los hombros del desdichado la misma giba, que hasta hace poco pertenecía al primer hombre que se internó por esos parajes.

Fue así, que el codicioso regresó a su pueblo, con una maleta de carne en la espalda mientras, en las profundidades del bosque, continuaba una melodía, llevada por varias manos enlazadas, que danzaban en torno de una fogata:

-Lunes y martes y miércoles tres; jueves y viernes y sábado seis...

Isadora se rió nuevamente de este antiguo relato y fue tanta la hilaridad que le produjo que resbaló desde el sitio que se encontraba. Trató de asirse con una mano de los tejuelos pero fue vencida por la posición de su cuerpo. Cayó vertiginosa al suelo pero, como si fuera una ave leve, se remontó nuevamente en el aire, extendiendo sus brazos hasta posarse nuevamente en el mismo lugar y continuar acordándose.

Eloisa le miró sin prisa, como alguien acostumbrada a esas proezas, aunque la muchacha tenía veinte y tres años y unos ojos profundos que podían tornarse violentos, cuando alguien le provocaba.

Tenía los mismos ojos de su abuela, María Alejandrina, que fue una beldad y ahora era una viejecilla amante de los gatos, prodigándose tantos cuidados que no permitía imaginar que en otras épocas también se elevaba por los aires, con sus piernas torneadas y sus olores de sándalo.

Las dos muchachas seguían en la torre, mientras la niebla que bajaba del páramo se disipaba. Fue un mal momento, porque desde una de las casas, ubicadas al sur de la iglesia, un hombre miraba las estrellas, mientras apuraba un pitillo. Aunque el humo del tabaco le subyugaba y se imaginaba figuras, por esos pliegues —en un momento— su vista se fijó en la torre. Se quedó perplejo, al contemplar a las dos jóvenes encaramadas en lo alto, como si se tratara de aves fabulosas. Tragó saliva. Se restregó los ojos y en ese momento sintió que sus cabellos se erizaban y sintió que hasta en la última vellosidad de su cuerpo pasaba una ráfaga de viento frío que se alojó en su espalda.

Juan Martín se encontraba en la ventana de la segunda planta, pero las brujas no podían verlo porque —desde donde estaban— los follajes de los árboles y sobre todo, la amena conversación que llevaban, lo impedían. El hombre, que no había cumplido los treinta años, tenía un mínimo bigote y un cabello aún liso, por las lociones que utilizaba. Sus manos se retorcián contemplando esa visión pero, después de un momento, recordó los relatos que circulaban en el pueblo.

Había llegado hace poco contratado como profesor y no faltó quien le dijo que si le veían las brujas voladoras seguro que no salía soltero de San Blas de Urcuquí. Juan Martín rió para sus adentros porque en eso de amores tenía baja calificación. Ahora que miraba a las dos muchachas recordó ese pensamiento.

Sin embargo, tuvo esos arrebatos que vuelven a los seres humanos héroes o mártires y se dispuso a salir al parque, que en esos momentos recibía las últimas neblinas, justo frente a la iglesia, construida en décadas de aportes y mingas, donde el Viernes Santo, aparecían los santos varones, con sus batas blancas, para velar al Cristo inmolado y guardado en un ataúd de vidrio, para esperar una espléndida resurrección de madera.

Adentro del templo, también se encontraba la Virgen que movía sus brazos, merced a esas estrategias de los fabricantes de la Escuela Quiteña, que le habían provisto de resortes y cordeles para que pudiera saludar al público, con sus brazos de madera y yeso, pero también para que se secara las lágrimas en el momento que bajaban al Cristo de la cruz.

Era el asombro de los campesinos que llegaban para una de las procesiones más solemnes de Semana Santa, en medio de cucuruchos y penitentes, que cargaban a las imágenes en andas, para cumplir todas las Estaciones, y donde todos los personajes estaban representados, desde los romanos, con rostros andinos, hasta un José de Arimatea, que se repetía todos los años, porque era el único con una barba auténtica.

Pero Juan Martín no recordaba eso, peor al Cristo doliente —el hombre más cándido del pueblo y con una barba hirsuta— que llevaba una cruz verdadera de espinas que le laceraba la frente. No recordó

estos sucesos, aunque allí estaba una María Magdalena que lo miraba a él en lugar del Nazareno. La escena se disolvía en la vaguedad de las cosas solemnes porque lo que el profesor recordaba en ese momento era un conjuro.

El maestro se detuvo al bajar la escalera. Tomó aliento y nuevamente se abrió en su mente el sortilegio para atrapar a las brujas. Abrió lentamente la puerta y se escabulló hacia el descampado, esperando que las muchachas pasaran por el sitio, donde él aguardaba. La espera fue tensa. Pero se había situado en una colina, que antiguamente era un santuario precolombino, y que dominaba los sembradíos de maíz. Desde allí, ahora que la luna estaba en su esplendor, podía divisar las voluptuosidades que se encontraban en la punta de la iglesia.

No perdió detalle, pero cuando las jóvenes extendieron sus brazos y se lanzaron al vacío, para después elevarse en un vuelo plácido. Se detuvieron a diez metros de la atalaya donde se encontraban y se inclinaron levemente para tomar nuevos bríos. Pero era una despedida, porque Eloisa se dirigió al norte, mientras su vestido ondulaba al contacto con el viento. Isadora, en cambio, se dirigió precisamente donde un atemorizado profesor de escuela la esperaba, aunque ella no sabía.

La muchacha, que no había cumplido los veinte años, arqueó las cejas y siguió su viaje por los aires hasta pasar por encima de la colina. Iba con su cabeza y torso adelante. Sus juntados y leves pies parecían haberse convertido en un alerón, mientras los pliegues del vestido producían un extraño sonido provocado por la resistencia de la atmósfera.

Iba descuidada. Por eso cuando lo vio fue inevitable: acostado boca abajo y en cruz, estaba Juan Martín, que aún le temblaba el cuerpo. Isadora exclamó un grito y cayó, entre los surcos, muy cerca del profesor, que regresó a mirar el acontecimiento que había provocado: es que el conjuro para que las voladoras se desplomen de los aires es precisamente acostarse en cruz, que —como se sabe— es un signo que aleja a los malos espíritus.

Pero eso no sintió Juan Martín cuando contempló cómo se incorporaba Isadora, esta muchacha que le clavaba unos ojos que parecían traspasarlo hasta la eternidad.

-¿Por qué has hecho esto?, le dijo la bruja, mientras se limpiaba, también atemorizada, su traje blanco.

-Ahora vas a conocer mi identidad, le exclamó, a aquel hombre que aún no salía de su asombro y quedó peor, cuando la muchacha se elevó nuevamente por los cielos y desapareció, confundiendo en la noche. Claro, que el maestro de escuela no la reconoció y el resto de la noche se quedó preguntándose quien sería, pero de manera especial, qué guardaban esos ojos que parecía que lo perseguían más aún cuando cerraba los suyos. Y algo extraño: un olor de acequia fresca que baja por flores cultivadas en los jardines de otros mundos.

Al otro día, muy temprano, Isadora golpeó la puerta de su casa.

-Vengo por sal, le dijo, y así supo quien era la maga.

Es que en los rituales brujeriles, una vez que es atrapada en el vuelo, las hechiceras no tienen más que delatarse con esa artimaña de solicitar uno de los minerales más prodigiosos, aunque él ni siquiera se había acordado de pedirle, en la ofuscación de contemplar a una muchacha, a una hermosa muchacha elevándose por los aires, con sus cabellos desatados a la noche.

Desde ese día, Juan Martín de Bracamoros –tal era su nombre– no fue el mismo. Permanecía durante horas sentado en las bancas del parque, mirando absorto la piletta y si los pájaros hubieran querido se habrían posado en su hombro sin que él pestañara. Malvivía absorto pensando en los ojos de Isadora y, sabía, que la muchacha vivía en Pimampiro, que distaba de San Blas unos tres días a pie, sin contar que había que pasar por ese trópico que es el Valle del Chota. Fue en esa época que hizo amistad con Don Eulogio Santacruz, que vivía en una casa de paredes anchas y poyos, donde se sentaban los viejos a conversar, antes de que cayera completamente la tarde. Estaba cerca de la iglesia y tenía un espacio, donde los sábados, los indios de Otavalo, dormían en esteras esperando la feria de los domingos, donde traían textiles, realizados con sus manos hábiles desde los obrajes coloniales.

Cuando se quedaban solos, el anciano escuchaba atentamente al joven, que le refería historias de nigromancia y de viajes astrales, de mujeres de cabellos olorosos a magnolia. Don Eulogio era sabio y

por eso escuchaba. Un día, le invitó hasta su morada y, para sorpresa de Juan Martín, retiró una falsa pintura que dejó al descubierto un mueble, con filigranas de pan de oro. Al abrir una mínima puerta se encontraban una veintena de libros, perfectamente conservados.

No hubo palabras. Cuando el joven comenzó a hojear, sospechó que eso era precisamente lo que estaba buscando: las explicaciones de los sucesos que le tenían arrebatado los sentidos. Es que los libros, no sólo que hablaban de magia negra, sino que contenían antiguos relatos, de la época en que los inquisidores perseguían a las brujas, pero también de los aquelarres que éstas hacían, bailando desnudas frente a un macho cabrío que, como se sabe, no era otro que el mismísimo Satanás.

Supo que en la isla Dominicana, las brujas son viejas de aspecto tétrico y alma perversa. Que aunque vuelan prefieren convertirse en aves que emiten graznidos espantosos. Había relatos que aseguraban que se quitaban la piel, antes de volar, y le ponían en remojo en una tinaja. Y que cuando lo hacen emiten risas y cantos incomprensibles y que, al igual que Urcuquí, dicen la fórmula "Sin Dios ni Santa María". Pero estas hechiceras, que en la mañana descansan bajo los platanales, por las noches succionan la sangre de los niños con pajillas proporcionadas por la higuera o la papaya, que en ese país se conoce como lechoza.

Quedó maravillado al saber que las brujas caribeñas no persiguen a los gemelos y que, en cambio, también hay como "tumbar una bruja", pero esos "tumbadores", son seres con cierto poder y que conocen rituales para ese propósito. En este punto, Juan Martín de Bramoros no pudo evitar ruborizarse con un poco de vanidad, aunque —como sabía— desde que se puso en cruz en el suelo había comenzado su desgracia. Peor al saber que cuando llueve y hace sol, en algún lugar, se está casando una bruja.

El joven acudía cada tarde a escudriñar la prolija biblioteca de Don Eulogio que tenía un compendio de estos temas herejes, que tanto conmovían al maestro, llegado hace poco desde Ibarra. En esos avatares se encontraba, cuando descubrió un libro antiguo, que conservaba manuscritos de un tal Diego de Torres y Villarroel, relativo al

aquejarre de Barahona, en España. Este personaje, que había nacido en 1693 y muerto en 1770, había atravesado ese campo durante una tormenta de verano, cuando –mientras conversaba de astrología- pasó con un médico, un capellán y dos galgos, en la hora justa en que "las brujas salen a golosear ahorcados, espulgar calaveras, sorber niños y chupar rabos".

Don Eulogio le dijo que merced a este relato el magnífico pintor Francisco de Goya y Lucientes, habían pintado sus telas, referentes a las brujas. Claro que lo que descubrió Juan Martín fue extenso pero nos limitaremos a transcribir una parte, en verdad curiosísima, aunque –como se sabe- respetaremos el texto antiguo y los lectores sabrán entender que hasta las faltas ortográficas, no eran tal en esa época del siglo XVIII.

"...me enterró la voz en el estómago un infernal tropel de viejas todas en cueros, que danzaban en el ayre, sin otro abrigo sobre sus carnes que una liga de cáñamo en las cinturas, á donde estaba ahorcado un pucherillo, rebosando pringue y unguento. A la luz de unas moribundas candelillas que como cuernos llevan en la cabeza, se dexaban ver tan horribles que parecían precitos á medio chamuscar en las calderas de Pedro Botero, ó cuerpos chismosos á medio podrir que iban á tomar la Barca de Aqueronte.

Baxaron á tierra arremolinadas, formando más estruendo que una legión de Vizcaynos, y tanto se asustaron nuestras cabalgaduras con el ruido que nos vertieron en el suelo con alguna crugia del costillage, y reconociendo por lo escandaloso del sitio que serían Brujas, nos incorporamos con menos susto y vimos que había formado la maldita tropa un círculo, cuyo horrible centro ocupaba un cabrón con dos miramelindos de Xarm en la cabeza, cabra de las ancas abajo, y el resto de catadura humana.

Por aquellos campos se dexaban ver tendidos diferentes demonios en figuras de bueyes, chivos, castrones, osos y borricos, que éstos son los Martinelos o Súcubos, é Incubos que las conducen á los conciliábulos para tener los actos torpes. Repicó el cabrón un golpe en un panderillo, y llegó una vieja arrugada tan lleno su cuerpo de

rasgos, rayas y palotes, que parecía esportio de pasas de Ceclavin, el rostro empedrado de tarascadas, chirlos y roturas, como zapatos de gotoso, empañado entre un par de abarcas, que tenía por orejas, y alzándole la cola al castron, se refregó los hocicos entre los pliegues de la boca trasera del estómago, y todas las otras no hicieron más que besar.

Luego que tocaron con las barbas la nefanda posteridad, empezó el cabrón á tocar, y todas las brujas (cuyos nombres son los que van escritos á la margen) baylaban á la redonda desgajándose á coques y brincos, y en cada circulo á unisonos del pandero despedían una pestífera solfa de regüeldos traidores y estornudos descaminados, más amargos á las narices que la hiel á la boca. Servía de estribillo á la hedionda música esta conterilla:

*Ande la rueda,
el cuesco, el respingo,
la coz y la brega.*

Cantó la primera copla el Macho Cabrió, que era el Maestro de Capilla de aquel coro infernal, y luego siguieron todas cada qual con la suya, y al fin repetían la conterilla, haciendo torno y sonando cada vez más huecos los malditos baxones. Las coplas que se me fijaron en la memoria, son las siguientes:

*... si soplos viene á buscar
á la boca del Ayrón,
echadle con ton y son
muchos soplos de Occidente,
de modo, que ayrosamente
á todos mentirles pueda.*

Todas:

*Y ande la rueda,
el cuesco, el respingo,
la coz y la brega*

Camacha:

*Pues escuche sin recelo
el Lunario advenedizo,
cosas, que son un hechizo,
y estudiadas en un vuelo:
no hemos asomado al Cielo
á registrar un coluro,
y sabemos lo futuro,
que cada bruja en su armario
tiene cierto Kalendario
que pronostica y enreda.*

Todas:

Y ande la rueda, ..."

El joven de Bracamoros leyó estos relatos antiguos y tuvo mucha celeridad para aprenderse los cantos, por si algún día, alguna voladora le enseñaba su arte. Fue en esos días, que pudo entablar una conversación con Isadora, aprovechando la retreta de la banda, que tocaba en el parque. La muchacha había llegado desde Pimampiro a visitar a sus parientes y —como no- a subirse a la torre de San Blas.

Vestida con una traje elegante que resaltaba su talle, la muchacha llegó al lugar, en medio de árboles olorosos. Aprovechando la agitación de la multitud que había concurrido a escuchar la música, Juan Martín se acercó hasta donde se encontraba Isadora y le invitó a caminar, dirigiéndose, por las calles inmediatas al parque, que —como ya caía la tarde- comenzaban a tornarse oscuras.

-Me puedes enseñar a volar, le dijo intempestivamente el joven.

Isadora le miró de reojo y no pudo contener que un gesto risueño se instalara en sus labios.

No se sorprendió por el pedido.

-Me parece que podrías ser un buen alumno, exclamó, con un aire de complicidad, por este maestro de bigotes puntiagudos.

Esa noche se citaron en la casa de la tía de Isadora, María Ale-

jandrina. El patio era amplio. En el fondo, un nogal permanecía impasible, mientras el viento corría y movía sus ramas. Hay que decir que Juan Martín iba un poco tenso, pero con el paso de las horas ese estado de ánimo oscilaba entre una risa nerviosa y la impresión de que iba a quedar paralizado. Tomándolo de la mano, Isadora lo tranquilizó.

Lo primero, le dijo, es colocarte el vestido del vuelo.

Juan Martín abrió los ojos, pero no pudo negarse porque era suya la idea de querer volar. Lo otro, era aguardar hasta la medianoche, pero para esto, Isadora no podía esperar porque tenía que regresar hasta su casa. Así que le dio las instrucciones que consistían en un unguento que debía colocarse bajo el sobaco, como antiguamente se decían a las axilas.

Eso sí, por ningún motivo debía olvidarse de las palabras mágicas:

-De viga en viga, de villa en villa, sin Dios ni Santa María.

El sitio de lanzamiento era propicio: un enorme horno de pan, que -encontrándose en el interior de la morada- estaba anexado a una pared de adobe que daba a la calle. Desde allí, le dijo, podía remontarse por los aires.

Se despidieron mirándose a los ojos. Serían las ocho de la noche, y el olor de los limoneros parecía envolver estas dos figuras. Juan Martín, aprovechando el silencio, se escurrió hasta un pequeño cuartucho, que servía de bodega, donde los conjurados habían escondido las blanquísimas vestimentas, que crujían debido a que estaban planchadas con almidón de yuca.

Un poco antes de la medianoche, el maestro inició el ritual de la vestimenta. Se colocó primero las enaguas, después un corpiño que se ajustó en su pecho y -hay que decirlo- le pasó por la mente los senos de la muchacha. Después, con dificultad, se colocó el traje que le quedó ajustado, aunque sus pliegos eran extensos. Pero lo peor estaba por venir, porque tuvo que procurarse una escalera desvencijada para subirse al horno de pan, hecho de barro y con su forma ovalada.

Con mucha precaución, mientras subía repetía la frase de la bruja:

-De viga en viga, de villa en villa, sin Dios ni Santa María.

Y otra vez, por las dudas:

-De viga en viga, de villa en villa, sin Dios ni Santa María.



LA CATEDRAL DE IBARRA



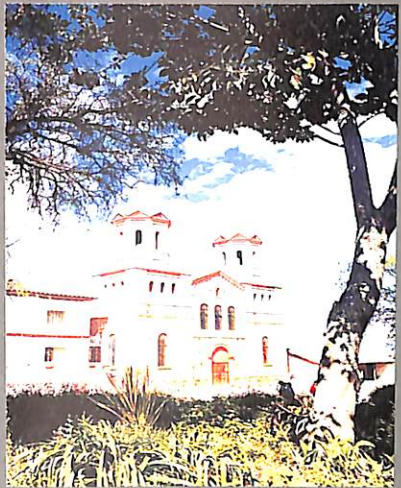
KATY LARREA, REINA DE LA CIUDAD BLANCA



TEATRO EN EL GRAN COLOMBIA



MUSICOS POPULARES DE URUQUI



IGLESIA DE SAN BLAS DE URUQUI



VIGIA POR LA PAZ, EN IBARRA



MUJERES DE LA COMUNIDAD SANTA ROSA, DE INTAG



FOTOGRAFO DE MANGA DEL PARQUE PEDRO MONCAYO



BARCO DE TOTORA, EN EL LAGO SAN PABLO, CONOCIDO COMO IBIABUCHA



MARIONETAS DE JORGE AMACAÑA



EL HOMBRE ORQUESTA, EN EL PROYECTO CIUDAD EDUCADORA

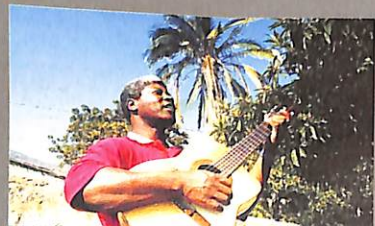




AYA HUMAS DURANTE LAS FIESTAS DEL INTI RAYMI O SAN JUANES



CLUB ROTARIO EN IBARRA



RAUL SANTOS, MUSICO POPULAR DE PIMAMPIRO



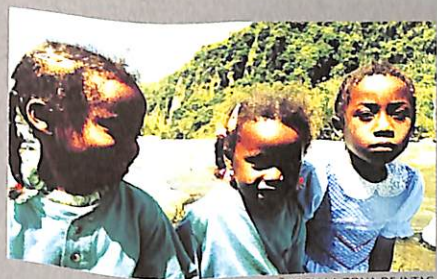
DESFILE DE CANDIDATAS EN IBARRA



ASTILLOS EN CARANQUI



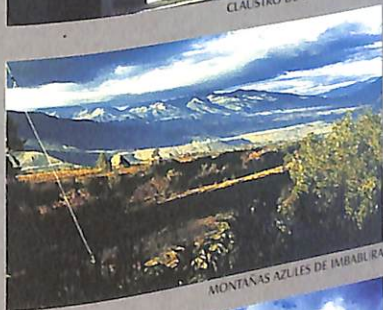
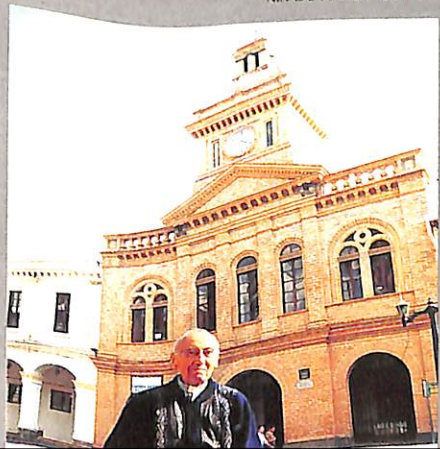
SAN BLAS DE URUCQUI



NIÑAS EN LA ZONA DE INTAG



CUALSTRO DE LAS CARMELITAS



MONTAÑAS AZULES DE IMBABURA

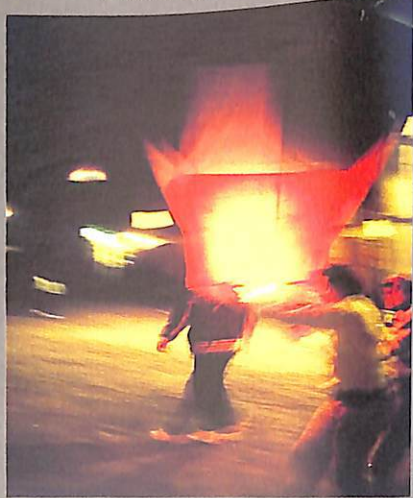




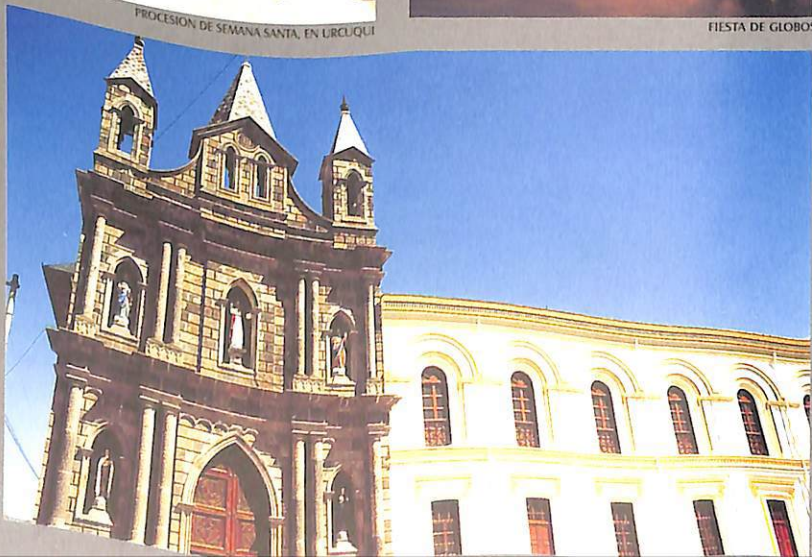
EL PARROCO DE SAN BLAS DESEMPOLVA UNA IMAGEN



PROCESION DE SEMANA SANTA, EN URUCQUI



FIESTA DE GLOBOS



DE LOS CORAZAS, EN PEGÜCHE



AYA HUMA



CARACOLA EN ILLIMAN

Una vez arriba, extendió los brazos como le habían indicado, pero era tanta su emoción, que levantando la cabeza, exclamó en un grito que debió despertar a todo el pueblo de San Blas:

De viga en viga, de villa en villa, *con* Dios y hasta Santa María.

A la madrugada, los primeros arrieros encontraron un bulto con la cabeza mordiendo el polvo y en una posición de brazos que indicaban una cruz maltrecha. Lo despertaron. Por la prisa, había confundido la frase del vuelo, pero no recordaba nada, porque así —con estrellas en la cabeza— tuvo que dirigirse hasta su casa, mientras las mínimas ventanas se abrían para contemplar a este aprendiz de vuelo, que tenía los cabellos desaliñados y unos ojos de ángel del infortunio, y que iba vestido con un traje blanquísimo y empolvado.

La descomunal caída no impidió que Juan Martín dejara de pensar en Isadora. Es de suponer que la muchacha no asomó su astuta nariz para preguntarle sobre los vuelos y que debió reír bastante con su prima Eloísa sobre las desventuras de tan noble caballero.

Sin embargo, fue en esos días que Don Eulogio le refirió una antigua historia, que se trataba sobre las poderosas brujas de Mira. Una voladora, a insistencia de su marido que espiaba por el ojo de la cerradura, tuvo que acceder para llevarle hasta una reunión de hechicería. Previamente, le había advertido que por ningún motivo pidiera un cuchillo peor sal. El hombre se abstuvo de preguntar el significado pero sospechó que se trataba de alguna estrategia relacionada con los encantamientos.

Llegaron hasta un sitio inhóspito, donde se encontraban otros personajes siniestros, que los recibieron amablemente, en una mesa bien dispuesta de mangares prodigiosos, mientras las velas de los candelabros proyectaban sus sombras en el recinto. El marido de la voladora estaba deslumbrado: los potajes en verdad eran regios y, como tenía hambre, comenzó a despachar las exquisitas viandas sin preocuparse en las conversaciones de materia oscura que, al cabo, ni le importaba.

En esos menesteres se encontraba, enfrentándose a una jugosa rodaja de pavo, cuando dijo algo que cambió los acontecimientos:

-Me alcanza un poco de sal...

Dicho esto, la suculenta mesa se convirtió en una indecente roca y los platillos, hasta hace poco tan apetitosos, se transformaron en majada de vaca, aunque no incluían los mosquitos. Todo un desastre. Porque el resto de convidados protestó ante este invitado indeseable que había roto el hechizo. La bruja no tuvo más remedio que, en ese mismo instante, transformar al desdichado en gallo y llevarlo, bajo el brazo, hasta su casa.

-Cómo que en gallo, dijo Juan Martín.

-Es así, mi querido profesor, exclamó Don Eulogio, para referirle que las voladoras tienen, entre sus artimañas, el poder de transformar a los hombres en gallos y no sólo eso. Como la curiosidad del profesor era grande pasó a referirle otra historia.

Hace muchos años, también en una de las poblaciones que conforman el triángulo, esto es Urcuquí, Mira y Pimampiro, había una voladora que hacía las delicias con su arte. En cuanto el marido se dirigía al campo para realizar las faenas, la mujer espiaba por la puerta e inmediatamente se dirigía a la cocina, donde -cerca del altillo- se encontraba colgado un racimo de plátanos. Acto seguido, profería un conjuro y los plátanos se transformaban en un apuesto joven que no era otro que el amante de la bruja que no tardaba en solazarse con su cautiva, porque lo tenía en tal encantamiento que ni siquiera advertía que era su prisionero.

Juan Martín abrió los ojos y brevemente pensó en Isadora y él mismo convertido en un racimo de plátanos. Pero Don Eulogio no había terminado y le relató que lo más importante para las voladoras era traer las noticias desde sitios distantes y que, por este motivo, también las personas -de cierta manera- estaban agradecidas de sus servicios.

Como cuando volaban hasta Quito y llegaban con sus correos de brujas, informando sobre tal o cual revolución o caída de algún gobierno, con lo que los pobladores del triángulo estaban bien informados y podían tomar las decisiones más efectivas, como aliarse a tal o cual bando, de conservadores y liberales, para que no les tomaran por sorpresa. Incluso, de esta manera -si era el caso- podían huir ha-

cia las montañas con sus acémilas para que los soldados no les incluyeran en esas guerras que, de cuando en cuando, agitaban el país.

Don Eulogio Santacruz, además, le contó las tretas de las brujas norandinas. Acudían a lugares apartados de Lita hasta conseguir unos sapos enormes del porte de una gallina.

Los encerraban cuidadosamente en unas canastas especiales y —cuando tenían suficientes— se encerraban en las casas de las conjuradas. En las noches de Luna llena las brujas llegaban a su mayor gozo. Había que esperar que llegara la víspera de San Juan, es decir el solsticio, para realizar el ritual.

Es que, como se sabe, la Religión Católica sobrepuso sus festividades de santos encima de las antiguas celebraciones denominadas paganas, que adoraban a los astros. Como fuera, las brujas en ese día sacaban a los enormes sapos para colocarlos en una mesa. Con varitas del árbol del membrillo, conjuradas anteriormente con la piedra imán, azotaban a los animalejos, pero con tanta precaución que no les causaban daño.

Pacientemente continuaban los mínimos golpes contra los sapos que, después de horas, segregaban un oscuro líquido que se transformaba en algo parecido a un aceite. Esta materia que podría parecer repugnante pasaba a unas pequeñas cajas, después de mezclarle con otros elementos que Don Eulogio se negó a revelar. Los sapos, entonces, pasaban a un estanque para futuras donaciones de su piel.

¿Para qué servían? No sea ingenuo Juan Martín, le dijo el viejo, ese es el ungüento para volar. Las brujas se colocan entre las entrepiernas y en las extremidades de las axilas, antes de emprender su vuelo. Estas frotaciones, que las hacían desnudas, eran indispensables para remontarse por los aires.

Juan Martín sufrió un leve desfallecimiento. Después su rostro se encendió de tal manera y sus manos se crisparon.

-Ay, mi Don Eulogio, la bruja Isadora me mintió, le dijo, para contarle enseguida que nunca la maga le había hablado de tal ungüento de sapo y lo único que había hecho era burlarse de él, que había hasta consentido en colocarse el traje blanco. Y él, ingenuamente,

había pensado que se había equivocado la frase del conjuro.

Fue ante este declaratorio que Don Eulogio le refirió el resto de elementos: manteca de serpiente, alas de murciélago, cuando le estaba explicando sobre el cuerno de un animal fabuloso, el joven le pidió que callara porque algo en el pecho le decía que prefería tener los pies en la tierra.

Debe ser por este motivo que casi no prestó atención a los conjuros que estas brujas decían, postrándose ante el Señor de las Tinieblas, y una pléyade de demonios, que antes habían sido ángeles. Sí, porque estas encantadoras tenían a Lucifer como su amo. También le explicó que tal nombre era una interpretación errónea de Isaías (XIV, 12), donde se lee: "¿Cómo caíste del cielo, Lucífero, hijo de la aurora?" Y precisamente Lucífero significa Lucero del Alba. Pero el joven no estaba para tales explicaciones sino que su mente —tal es el Amor— estaba empeñada en la evocación de Isadora, esa muchacha que le había desairado.

Juan Martín de Bracamoros siguió por un tiempo viviendo en la casa, frente al parque de San Blas de Urcuquí. Se tornó ensimismado y al único que frecuentaba era a Don Eulogio Santacruz. Se dedicó a la lectura de libros extraños y —algunos decían— se olía a azufre cuando se pasaba por su puerta. Era frecuente la entreabierta ventana, del segundo piso, donde este profesor atisbaba las estrellas, con la diligencia de un astrolabio, esos instrumentos que nos legaron los sabios.

Sabía bien que esperaría para contemplar a unos tules blancos posarse en la torre de la iglesia, como un pájaro trágico y hermoso, descendiendo de la noche.

Pero esa es otra historia.

La Cruz de Paragachi

Federico Gonzáles Suárez era Obispo de una Ibarra que aún mantenía a su Ceibo como recuerdo de la catástrofe del siglo XIX cuando un terremoto destruyó la urbe. Su Ilustrísima había dedicado su vida a recordarle a un pueblo sin memoria los males que le aquejaban.

Por eso escribía Historia, acaso, pensando que únicamente quien sabe su pasado puede evitar los males del futuro. Era un Obispo que no le gustaban las medias tintas. González Suárez, desde su posición de religioso, relató los abusos de los clérigos: "la sinceridad con que rendimos culto a la verdad histórica, nos obliga a confesar que, en varias ocasiones, los cobradores de réditos censuales abusaron del derecho de inmunidad eclesiástica, para afligir a los deudores", en referencia de que no había inmueble alguno que no estuviera gravado a favor de una casa religiosa o "establecimiento piadoso".

González Suárez no defendía a nadie. Decía que los jesuitas eran los que concedían o negaban los grados económicos y los títulos universitarios; "los jesuitas eran los consejeros ordinarios de los Presidentes, los directores espirituales de los Obispos y los confidentes de los Oidores, Alcaldes, Fiscales; no se tomaba medida alguna de importancia, sin que interviniera en ello un jesuita y los jesuitas eran para nuestros mayores los árbitros y los dispensadores del buen nombre y la fama literaria".

El historiador explicaba estas razones: "consistía en su riqueza verdaderamente asombrosa: ellos eran los dueños de las fincas más productivas, y con sus haciendas no podían competir ningunas otras ni en extensión ni en rendimiento". Ofreció un dato: "los jesuitas poseían ochenta leguas cuadradas o cuatro grados geográficos", en el actual Ecuador. González Suárez contabilizó 63 haciendas en poder de los jesuitas. Aunque, otros historiadores –vinculados a la Iglesia– refutaron estas afirmaciones, no tardó otro historiador, Aquiles Pérez, gracias a las investigaciones en la Junta de Temporalidades, de establecer que los jesuitas poseían 131 latifundios, desde el Carchi al Macara. Literalmente se pasaba de una propiedad a otra.

No es difícil entender, entonces, uno de los motivos de su expulsión –decretado por el Rey de España, Carlos III, en 1767. Según los historiadores, los jesuitas habían llegado a desarrollar un poder temporal que rivalizaba con el del Papa, que incluso había emitido algunas bulas condenando la conducta de los jesuitas en cuestiones de comercio. Claro, que las otras órdenes religiosas salieron peor de los juicios del historiador, pero ese es otro capítulo de la vida licenciosa de los curas. Solo un dato: "La sociedad estaba arruinada por los mismos que debían ser los conservadores y los defensores de la moral... Los frailes eran ricos, acaudalados y poseían bienes, que legaban a individuos particulares". Por eso el historiador se preguntaba dónde quedaron los tres votos de pobreza, obediencia y castidad.

Pero Federico González Suárez fue más directo: "Entre las aberraciones, en que, a consecuencia de su excesiva riqueza, cayeron los jesuitas de la antigua provincia de Quito, dos son las más deplorables indudablemente: la destilación de aguardiente y la compra de negros para esclavos de sus haciendas".

Aunque González Suárez señaló que, en el Valle del Chota, existían 500 esclavos, que costaban entre 300 a 400 pesos, los nuevos datos –proporcionados por Aquiles Pérez– hablan de 1.760 negros cautivos, traídos desde Africa.

Ese es el preámbulo para entender la leyenda la Cruz de Paragachi. Y eso porque esta historia habla de un fabuloso tesoro escondido en las entrañas de la tierra, en el sector de Pimampiro. Lo que ocurre es que cuando expulsaron a los jesuitas de América, en el siglo XVIII, éstos tuvieron que hacer sus maletas tan deprisa que procuraron esconder sus fabulosas pertenencias en sus antiguas heredades. Colocaron señales para en el futuro poder encontrarlas. Eso, al parecer, hicieron cuando levantaron la Cruz de Paragachi, limitada al oriente por la quebrada Jesús María; al occidente por la quebrada de San Lázaro, muy cerca de la quebrada de Chalguyacu. Pero hay quienes afirman que estos monolitos fueron levantados en la época precolombina.

Como fuere, la leyenda que nos ocupa habla que los jesuitas encontraron en este lugar el sitio idóneo para dejar una huella. La cabecera de la cruz está asentada con dirección a la población de Pimampiro. Su posición astronómica, cuenta Don Luis Alfonso Martínez de la Vega, está sujeta a los cuatro puntos cardinales: "el cuerpo sigue de Norte a Sur, y sus brazos de Oriente a Occidente". Los mayores de la región cuentan que debajo de la cruz existe un subterráneo, de dimensiones considerables.

Por una galería era posible acceder al tesoro que los religiosos atesoraron, como si se tratara de una extensión de lo que Aladino encontró en las fabulosas historias de Las Mil y Una Noche, uno de los libros fundamentales de la humanidad, donde los genios se pasean en una tierra poblada por caballos voladores.

Después de que el tiempo pasó y casi se había olvidado de las riquezas de los clérigos, de la orden de Loyola, dos viejecillos estuvieron envueltos en una historia fantástica. Se trataba de Gregorio, quien se ganaba la vida acarreado agua del río para el cura del pueblo, y su mujer, Cunchi. Estos indígenas eran tan pobres que la mujer decidió recoger tunas silvestres para venderlas en la feria del domingo.

Por este motivo deambulada por quebradas y laderas, eludiendo las espinas mientras un sol canicular le golpeaba la cara.

Cuando descansaba, lo hacía bajo un árbol de algarrobos y se alimentaba con maíz cocido.

Una tarde, mientras atisbaba unos tunales, escuchó una piedrecilla que rodó cerca. Regresó a mirar, pero nada encontró. Mas, un hermoso niño se le acercó con una ramillete de flores en su mano.

-No temas, le dijo, son para ti mama Cuchi.

-¿Por qué para mí, si soy una pobre india que únicamente busca tunas para vender?

El infante le explicó que era un enviado del Dios de los Cielos y que el obsequio era precisamente por su humildad y abnegación.

-Guárdeles con cuidado y cuando llegue a su casa póngale en su cajita de ropa. Le dijo que regresara al día siguiente porque le tenía una sorpresa. Le advirtió, además, que por ningún motivo le contara algo a taita Gregorio, su esposo.

Dicho esto, el niño de ojos vivaces se perdió entre las laderas.

Hizo lo que dijo el niño, pero cuando nuevamente abrió su cajita encontró que las flores se habían convertido en una hermosa gargantilla de oro.

Fue al otro día y el niño -de ensortijados cabellos- le dijo que la siguiera. Llegaron a la Cruz de Paragachi. De pronto, un hueco se abrió y el niño le instó a mama Cunchi que prosiguiera. Llegaron a una vasta estancia y después a una puerta de piedra, custodiada por una serpiente enorme. La mujer se asustó pero el enviado de los dioses la calmó.

-Aquí hay un fabuloso tesoro, le dijo. Pero únicamente puede tomar dos porciones, una de plata y otra de oro, en este cuenco de madera. Esa es la medida, le dijo. Mama Cunchi siguió el conejo. Únicamente puso en su chalina los dos montoncitos de plata y oro. Al salir, el niño le advirtió que únicamente ella podía ingresar en el túnel y que, después de satisfacer sus necesidades, hiciera obras de caridad, volviendo a proveerse de más metales preciosos una vez al mes.

Así lo hizo. Muy pronto, taita Gregorio dejó de ir con el agua hasta donde el cura, y mama Cunchi comenzó a transformar su casa de paja en una construcción de teja, pintada con colores vistosos. No olvidó las obras de caridad y las misas por la salvación de las almas, que tanto había insistido la criatura.

Pero la curiosidad de Gregorio iba en aumento. Untó algo de manteca en el cuenco que tenía mama Cunchi y cuando ésta regresó pudo comprobar que una moneda de plata estaba prendida. Desde ese día, no pudo dormir esperando impaciente el día señalado para sus escabullidas.

La siguió con cautela y así supo que mama Cunchi entró por un hueco, bajo la Cruz de Paragachi. Volvió enseguida, haciéndose el dormido. Al otro día, se levantó muy temprano y siguiendo los chaquiñanes se dirigió hasta el sitio. Tuvo suerte. La abertura se presentó ante sus ojos. Entró, llegando hasta la espaciosa estancia, después de seguir un túnel. Pero cuando miró el fabuloso tesoro no pudo reprimir su emoción y se lanzó a zancadas para llenarse de oro y plata.

Sin embargo, su cuerpo chocó con algo inesperado:

En un movimiento leve pero firme, la enorme serpiente comenzó a desenroscarse. Sus ojos metálicos parecían tener fuego. Sus escamas, de colores brillantes, crujían mientras se deslizaba del arco de piedra. Su lengua viperina se movió.

La sierpe centinela había despertado. Gregorio no pudo ni siquiera soltar el oro que tenía porque el ofidio sagrado lo atrapó con su cola, queriendo estrujarlo. Pero no era su intención, sino que de un tremendo coletazo puso al codicioso fuera del subterráneo.

Maltrecho y dolorido, taita Gregorio llegó a su casa. Entre ayes le refirió su desventura a mama Cunchi, quien le reprimió por su ambición y le contó que únicamente ella tenía la potestad de acudir y hasta le contó de la medida que debía tomarse. La mujer regresó al sitio, pero el sótano estaba sellado.

Miró el paisaje, a lo lejos ascendía el olor de los trapiches que, en un tiempo lejano, los jesuitas estrujaban tanto caña como hombres y mujeres de piel de ébano. Cuando su oro competía con Papas y Reyes, en una época donde los asuntos temporales podían más que los espirituales.

El Becerro de Oro

La entrada norte de Ibarra estaba presidida por un carrizal enorme donde legaba la muchachada para elaborar cometas y burlar a los vientos, que venían del lado de Ajaví. A veces, sorteaban los grandes tapiales de la hacienda Pilanquí para disfrutar de sus árboles añosos o retozar en los pastizales.

El ingreso a Ibarra, en 1863 antes del terremoto, era por el noroeste, por la denominada Calle Larga, que ahora es la avenida Eloy Alfaro. Los niños llegaban en medio de las casas mínimas, con sus juegos y aventuras. Pero una tarde dejaron de hacerlo.

Una infausta noticia se había difundido hasta los oídos de sus padres: habían recrudecido los tiempos en que verdaderas hordas de almas en pena deambulaban por las inmediaciones de la Calle Larga. Las almas en pena no eran otra cosa que los fantasmas de los codiciosos que no tenían consuelo hasta que alguien encontrara el arcón de monedas de oro que habían escondido.

Era en esta época -especialmente en las noches de luna- cuando del carrizal, donde recientemente acudían los niños, aparecía un becerro de un color imperceptible pero que parecía tener la fuerza de un toro remontado en el páramo.

Este ternero bravío salía en las conjunciones lunares, especialmente de septiembre, para asustar a quienes llegaban a esas horas a la plácida urbe, de casas blanquísimas.

Pocos tenían el valor de presenciar estas apariciones, pero había alguien que no se perdía ningún detalle.

Debido a su curiosidad prodigiosa, este relato ha sido conservado. Se trataba de Felipe Quiñones, un negro de rostro amable y ojos vivarachos, que había entregado media vida en la hacienda Tapiapamba, como mayordomo. Pero en la época de estos relatos funestos vivía en Ibarra, precisamente en la Calle Larga.

Una noche fatal, entreabrió la puerta y se dirigió en paños menores hasta un lugar apartado. Estaba distraído. A lo lejos, los carrizales se movían con un leve viento que venía del sur. Mas, como si saliera del centro del carrizal, un becerro salió bufando con unos ojos que parecían carbones encendidos. Su cornamenta afilada parecía cortar la noche con su fuerza.

Sus patas —de cascos relucientes— no parecían tocar el suelo y se erguían en el aire con una soltura no exenta de una insana presencia. El animal se dirigió hasta el extremo de la Calle Larga —junto a la casa de los futuros fundidores Tafur— donde se encontraba una piedra irregular. El retobado animal se detuvo. Con su pata restregaba la tierra en señal de desafío.

Detrás de la roca salió una especie de puerca —algo parecido a un jabalí— seguida de sus siete lechones. La marrana también estaba enfurecida. Lanzaba gruñidos y de su hocico parecía salir llamarradas para acometer al ternero arisco.

El animal bravío embestía a la cerda salvaje con sus cachos punzantes mientras los marranos chillaban, acercándose a la descomunal refriega moviéndose en círculos. Era una contienda donde parecía que sus pelambres —por el roce de sus cuerpos— producían centellas trágicas.

Ora se miraban a los ojos gruñendo, ora se los veía enredados en una lucha feroz, que parecía dejar un reguero de encarnaduras en jirones. El torete era el más furioso. Sus patas ágiles eran un pretexto para embestir a la marrana, que tenía las orejas puntiagudas y un aire terrible.

Sin embargo, para sorpresa de Quiñónez, ninguno de los animales derramaban sangre en este duelo que parecía pactado a muerte. Este duelo fantástico se esfumó cuando un gallo del vecindario anunció la llegada del alba y los animales malignos desaparecieron a la vista del intruso.

Los relatos del antiguo peón de hacienda no convencían a todos. Por este motivo, durante una fiesta en Alpachaca, Felipe Quiñónez decidió ausentarse sigilosamente para enfrentar de una vez por todas al becerro y de esta manera demostrar a sus vecinos su valentía.

Sin embargo, ese repentino coraje había sido proporcionado por una falsía: iba ebrio y, como se sabe, en ese estado la dimensión de las cosas pierde perspectiva y por este motivo su valor no correspondía a su cuerpo. Llevaba un cuchillo, una especie de hoz, para cortar la cabuya y también una botella de aguardiente, traída desde Peñaherrera, en el sector de Intag. Se tomó un trago fuerte para fingir que podría enfrentarse a la bestia cornúpeta salida del Infierno y no le temblarían las piernas en el intento.

Después de caminar un tramo, salió el becerro y parecía llegar más furioso que de costumbre porque embistió a Quiñónez, que trataba de defenderse con su cuchillo mal empuñado. Más por azar que por destreza, Quiñónez logró hundir el metal en el pescuezo del animal que salió huyendo por la Calle Larga despavorido, con sus patas aladas y su pelambre trágico.

Pero Quiñónez también tuvo su parte: la embestida del torete lo había dejado tendido en la calzada y arrojando espuma por la boca. Cuando sus familiares retornaron de la fiesta lo encontraron medio muerto frente a su casa y lo llevaron en hombros para depositarlo aún temblando en su cama de paja.

Mientras su esposa Isabel le daba un brebaje reconfortante encontró tres relucientes monedas de oro, que se deslizaban de sus ropajes. Al otro día todo el vecindario supo que el metal labrado le salió del cuello del becerro tras la acometida audaz de Felipe

Quiñónez. Por eso, a insistencia de sus vecinos, tuvo que relatar una y otra vez su lance con este ser enigmático con cuernos. Además tuvo que permitir que los curiosos tantearan las piezas doradas halladas en singular empresa.

La noticia de que el animal estaba lleno de oro se difundió en Ibarra, pero nadie se atrevió a enfrentarlo pese a la codicia de muchos, que no pudieron reunir todo el coraje. Obviamente, el incauto Quiñónez —después de comprender que su valor residía en el brebaje— no quiso saber nada más de un nuevo enfrentamiento con el Becerro de Oro, bautizado así por los ibarreños que se lo imaginaban de múltiples maneras. Es más, nadie quiso salir por las oscuras calles llenas de presagios.

En esa época de oscuridades había llegado desde Quito, para una larga estadía, Alfonso Hernández, que ostentaba un título de licenciado pero que todos sabían había despilfarrado la fortuna de su padre no precisamente en los estudios sino en parrandas y amoríos. Es decir que más que quemarse las cejas se había calcinado los labios, tanto con tragos como con besos.

Quebrado económicamente como estaba no tardó en enterarse de los sucesos del Becerro de Oro y sin perder tiempo fue a entrevistarse con Felipe Quiñónez, quien ya se había gastado sus tres monedas de oro y no pudo ni siquiera mostrárselas.

La necesidad vuelve creativos a quienes están en su poder y por este motivo Hernández convenció a Quiñónez para formar una sociedad y atrapar al mentado Becerro de Oro. Pero más precavido que el anterior retador y más aventurero, Hernández mandó a confeccionar un estoque de una amalgama especial de metales vigoroso, con empuñadura de fina plata.

En su interior hizo colocar un mínimo depósito de mercurio. Este azogue, como bien saben los alquimistas, sirve para localizar los metales preciosos. Pero faltaba un detalle: hizo bendecir el florete en una misa especial celebrada en honor a San Cipriano, patrono de estos menesteres.

Alonso Hernández además de aventurero era un diestro torero y —alguna memorable tarde— había sacado aplausos con una suerte de banderillas. Este matador no era famoso pero había alborotado tanto las improvisadas plazas de Quito, como las enaguas de las mujeres hechizadas por su atrevimiento.

Una noche de septiembre llegó hasta la Calle Larga acompañado por una llovizna breve que dejó una estela de niebla difuminada en los carrizales. La noche tenía una luna creciente y el viento soplabla por los matorrales. Quiñónez se había convertido en una especie de escudero de a pie porque a su izquierda se apostó Alonso Hernández, en su brioso caballo.

Esperaron tensos frente al carrizal. A la medianoche, el descomunal Becerro de Oro apareció echando fuego por el hocico. A esta señal, nuestro crédulo personaje, Felipe Quiñónez, cayó desmayado y se perdió lo que vendría después.

El diestro Hernández picó las espuelas en su caballo y se lanzó en feroz arremetida contra el animal que venía descargando cornadas al aire. Las herraduras del corcel parecían abrir el polvo de la Calle Larga mientras que la bestia impregnaba sus pezuñas en esa corrida infernal. Fue un instante. Se produjo una fuerza descomunal donde sólo uno de los contendientes sería el vencedor de este duelo a muerte.

Alonso Hernández saltó de su caballo para situarse en el lomo del animal y acometerle una certera estocada en el pescuezo, aferrándose como un jinete del infortunio aún con su penacho de colores vistosos en su cabeza. Un poco más lejos, su caballo desbocado seguía esta lucha, en medio de una luminosidad de sangre, como si en su corrida siguiera los diseños de fuerzas siniestras.

El torete cayó en un solo bramido trágico y su cuerpo informe se estrelló contra las piedras. El matador —con una agilidad insana— pudo evitar la caída en el último momento, pero tuvo la fuerza de tentar a su víctima, que aún resoplaba con el aliento de los moribundos.

Con un pie más adelante, para retirarse en caso de ser preciso, el caballero hundió el fino metal atravesando el cuero del otrora enfurecido toro. Allí descubrió un prodigio: el becerro ultraterreno tenía la piel curtida porque estaba embalsamado pero rebosante de monedas de oro, como si en lugar de pellejo tuviera una manta brillante.

Mientras caía la noche dedujo que el momificado y temible torete no era otra cosa que el entierro de algún avaro vecino del lugar que había depositado su fortuna en el carrizal. Con seguridad el codicioso podía descansar en paz una vez que el lidiador había encontrado la causa de sus desgracias.

Sucede que mientras su fortuna no era encontrada el avaro tenía que seguir padeciendo precisamente las culpas de su comportamiento, en ese pecado terrible que es la Avaricia, donde tener no está ligado a disfrutar. De esta manera, el Becerro de Oro salía por las noches mostrando que los tesoros no sirven después de la muerte.

Sin embargo, todavía no había terminado de pensar en estos temas cuando Alonso Hernández miró nuevamente el curtido animal de ojos yertos. Reanimó a su conjurado amigo, Felipe Quiñónez, y después del asombro de éste, cargaron el bulto de cuero que tenía monedas relucientes. Se dirigieron hacia un apartado rincón y después con cautela a la casa del retador de animales fantásticos.

A Hernández no se le pasó por la cabeza quedarse con todo el botín porque entendió que la gratitud es una de las formas más nobles de los seres humanos y eso precisamente lo libraba de ser en el futuro un avaro. Compartió el hallazgo y Quiñónez se fue dichoso para cambiar su vida, en una sociedad que muchas veces es menos discriminatoria cuando hay labrados metales de por medio.

Desde este suceso, también Hernández meditó sobre su desafortada vida y por este motivo mudó de actitud, adquiriendo heredades y compartiendo con los menos favorecidos.

No despilfarró nuevamente esta fortuna que venía de lugares inhóspitos. Cada ocasión que esas monedas se convertían en pan para los humildes hijos de la tierra se preguntaba sobre quién sería el avaricioso propietario del Becerro de Oro, envuelto en sangre y metal.

Las orejas del conejo

Bajo los aleros de las casas del Valle del Chota, construidas de paja y bahareque, se han sentado los negros viejos para hablar de antiguas leyendas.

Viajaron escondidas en los labios de sus mayores cuando llegaron de Africa y parecen que también anduvieron lozanas por las arenas del Sahara, porque son parecidas. Después de todo, los cuentos populares viajan y se prestan sus saberes. Así piensa el esmeraldeño Juan García que ha recopilado estas memorias, en la misma voz que ahora es de todos:

"Entre todos los animales hicieron una reunión y cuando estaban todos reunidos, hicieron como una fiesta... Dios también ahí viéndolos para ver cuál era el más inteligente... Era como un desfile *'onde* iban pasando todos delante de Dios.

Bueno... Ya pasaron todos y a lo último pasó el Conejo porque él era de los más pequeños entre todos los animales. Cuando ya pasaron todos, cada cual se repartieron a sus posiciones y el Conejo dijo:

-Ahora que ya conozco *'onde* es que vive Dios, voy a pedirle que también me haga criá un poquito más para ser como los otros animales y no tenerle miedo a nadie.

Cosa que se regresó y se *jue 'onde* estaba Taita Dios...

-Dios, haceme *criá*; dame porte como a los otros porque estoy muy chiquito.

-Bueno, te daré más porte pero te voy a pedir esto: si me traes las siete cabezas de los animales más bravos; entonces sí, te hago *criá* y te doy porte.

-Bueno, Señor... Bueno, Señor...

Quedaron así... Se fue el Conejo... Enseguida se fue a una tienda donde vendían de todo y se compró una navaja de barba y compró todo lo necesario de barbero. Se fue a otra tienda y compró un morral y metió sus herramientas, se terció y se fue... Camina y camina por la montaña... Más allá, en media montaña, se encontró con el Tigre.

-Buenos días, tío Tigre... ¿Cómo está?

-Buenos días, sobrino ¿Cómo así usted por aquí?

El Tigre cuando le vio, se alegró porque andaba hambriento. Días que no comía... Se empezó a *alistá*.

-¿Sabe tío, que yo he aprendido un buen oficio? Ahora soy barbero y sé afeitar.

-¿Cierto, sobrino?

-Sí tío... Y a propósito... ¡Qué viejo y barbudo que ha estado usted, tío!... Feo está así, pues... Venga, le afeito, tío.

-Bueno, sobrino... A los tiempos que no me afeitaba...

Cosa que el Tigre se sentó en un banquito que había por ahí y el Conejo empezó a enjabonarle y siguió enjabonándole y el Tigre con el pescuezo alzado, contento que iba a quedar buen mozo...

-A los tiempos que se afeita usted, tío... Va a quedar buen mozo...

Y seguía afeitándole... Cuando llegó a la parte del pescuezo, cogió y *rass*, le cortó la cabeza... ¡Cuando el Tigre pensó, ya estaba sin cabeza!...

-Bueno... Ya tengo una.

La metió en el talego y siguió caminando. Camina, camina y camina cuando a una distancia, se encontró con el Oso...

-Buenos días, tío... ¿Cómo está?... ¡Caramba, qué viejo y qué barbudo que ha estado usted, tío!

-Cierto sobrino... ¡Bastante tiempo que no me afeito!

-¿Sabe tío, que yo he aprendido a afeitar?... Y allá me encontré con mi tío Tigre y le afeité y quedó buen mozo.

-¿Cierto, sobrino?

-¡Sí, tío! Si usted quiere, a usted también le afeito.

-Bueno, sobrino... Ya que usted ha aprendido este nuevo oficio, afeíteme...

El Oso estaba hambriento y pensaba que cuando le termine de afeitar, se lo comía...

-Vea tío; todo lo necesario tengo... Siéntese nomás.

Enseguida el Conejo le hizo sentar, le puso el mantelito y siguió enjabonándole y siguió afeitándole... Cuando llegó al pescuezo, raso, le cortó la cabeza, le metió en el morral y siguió caminando...

Camina, camina, camina, cuando más allá, se encontró con el León.

-Buenos días, tío León.

-Buenos días, sobrino... A los tiempos que nos vemos...

El León, en seguida que lo vio, pensó en comérselo cuando le acercara tantico...

-¿Cómo así, por aquí, sobrino Conejo?

-Sabrá que ahora he aprendido el oficio de afeitar y estoy recorriendo el campo... A todos mis tíos, allá, los afeité; a mi tío Tigre y a mi tío Oso... Vea, aquí tengo las herramientas.

-Entonces, afeíteme a mí también, sobrino.

Le acomodó, le enjabonó y siguió afeitándole... Cuando ya llegó a la parte del pescuezo...

-Alzará bien, tío... que está quedando buen mozo...

Cuando el León alzó, rass, le cortó la cabeza, le metió en el morralito y siguió camino... Más allá se encontró con el Mono.

-Buenos días, tío Mono.

-Buenos días, sobrino, ¿Qué milagro por aquí?

-Sabe que he aprendido a afeitarse y ando afeitando a mis tíos porque todos han estado bien feos, viejos.

Ya le afeité a mi tío Tigre, a mi tío León, a mi tío Oso y si quiere a usted tan, bájese para afeitarse tío.

Se bajó el Mono... Enseguida le hizo sentar y comenzó a enjabonarle y afeitarse... Cuando llegó al pescuezo, le templó bien y, rass, le cortó. Le cogió la cabeza, le metió en el zurrón y siguió camino.

Camina, camina y camina... Cuando se encontró con el Lobo, lo mismo le hizo... Cogió la cabeza, la guardó en el carril y siguió caminando... Camina, camina y camina... Cuando se encontró con el Perro... Lo mismo le hizo, cogió la cabeza y le metió en el morral y siguió camino...

Camina, camina y camina... Más allá se encontró con la Serpiente que tenía la boca abierta *pa' come'sele*... El Conejo sacó un poco de la espuma del jabón que tenía para afeitarse y, sass, le echó a los ojos... Y en lo que le cerró los ojos la Serpiente, cogió y, rass, le cortó la cabeza.

-Ahora sí, ajusté las siete cabezas y me voy *'onde* Taita Dios Se fue, descansando, descansando, hasta que se llegó *'onde* Taita Dios.

-Ya esto aquí, Señor.

-A ver las siete cabezas... ¿*'Onde* están?

-Aquí están, Señor.

Sacó las siete cabezas y se las mostró... Taita Dios se quedó viéndole, que era tan chiquito y tenía tanta sabiduría... Cosa que le dijo:

-¡Caramba, si en ese porte, has matado tantos animales grandes, si te doy más porte, incendias el Mundo! Pero como te prometí, ven, para darte más porte...

Le cogió de las orejitas y le jaló, le jaló, le jaló... Cosa que se estiraron, se hicieron largotas...

-Ya tienes más porte; andate.

Cosa que desde eso, quedó con las orejas largas que tiene..."

Chuzalongo

Desde tiempos antiguos los abuelos quichuas hablan de los chuzalongos. Dicen que son hijos del Taita Imbabura que a veces los envía para despertar a las mujeres con pereza.

Un día, dos chuzalongos se enfrentaron en una disputa. El uno habitaba el cerro de Arriba; el otro, frecuentaba el cerro de Abajo. Vivían en continuas peleas.

-Este monte debe ser de uno solo, dijo el chuzalongo de Arriba, mientras miraba el horizonte.

-Si me vences será sólo para tí, si te aventajo será sólo para mí, contestó el otro provocador, mientras los pajonales se mecían con el viento.

El chuzalongo de Arriba perseguía a las mujeres. Tenía sus artimañas. Se transformaba en runa. Una vez con apariencia de hombre iba para pedir posada en las chozas.

Eso ocurrió una ocasión cuando las mujeres se apiadaron del falso necesitado. Mientras dormían, el chuzalongo -a la fuerza- se acostó con una de ellas. Tenía un miembro viril descomunal y por eso mató a su víctima hiriéndole las entrañas.

Las mujeres corrieron para avisar a los padres de la muchacha. Cuando llegaron el chuzalongo se había marchado. Como no aparecía, se tejieron dudas sobre si en verdad era un hombre o un ser del cerro.

-Debe ser el chuzalongo, dijo el padre, ninguno es tan cruel.

Tomó su hacha y se dirigió hacia el monte porque él conocía

dónde habitaba el chuzalongo.

Había —cerca de la cima— una placa de piedra donde esta criatura solía calentarse con el sol.

—Matándole quedaré satisfecho. La muerte de mi hija no quedará impune, dijo el progenitor, mientras asía con fuerza su hacha.

Con cautela llegó hasta el sitio y efectivamente encontró al chuzalongo en la piedra. Estaba dormido. Levantó el hacha y le asestó un golpe, aunque no fue con vigor. En el siguiente intento el chuzalongo abrió los ojos y huyó despavorido, con dirección a una oquedad.

El iracundo padre nuevamente se dirigió hasta los despeñaderos —donde es su morada— para buscar al chuzalongo y con más fuerza ultimarlos, pero no lo halló.

Bajó desanimado hacia el poblado. Mientras la hoguera ardía, los abuelos contaron que los chuzalongos iban en grupos para hacerse amigos de las muchachas a quienes posteriormente mataban. Dijeron que cuando llegaron los hombres de otras tierras confundieron a los chuzalongos con los duendes.

La noche era cerrada. Los leños de la hoguera nuevamente se habían avivado. Un anciano contó de una disputa antigua entre los chuzalongos que viven en las entrañas del Taita Imbabura. El abuelo dijo que lo de Arriba podría ser el espíritu masculino del cerro y lo de Abajo lo femenino, como habían descrito también sus mayores.

Amaneció con niebla. Los chuzalongos en disputa nuevamente se encontraron para medir sus fuerzas.

—Luchemos ahora mismo, dijo el chuzalongo de Arriba. Si mueres o si mueres no importa, el cerro tiene que ser de uno de los dos.

—Riñamos, dijo el otro. Si ganas te daré el cerro si ganó me quedaré a vivir aquí, dijo el otro, también altanero. Peleemos

Uno de ellos había llegado a saber que al otro no le alcanzaría la fuerza.

"Los dos con una piedra peleando nos mediremos. Yo de mi cerro te enviaré una piedra al tuyo; desde el tuyo, mándame una hacia mi cerro. Quien de los dos lance mejor ganará la pelea".

Los dos habían aceptado la propuesta.

El chuzalongo de Abajo pensaba:

- "¿Cómo el ingenuo, cogiendo la piedra desde el cerro de arriba va a tirar al río de abajo? Si en el agua está la piedra".

El chuzalongo de Arriba también había realizado sus cálculos.

"¿Cómo el ingenuo desde abajo va a tirar una piedra hasta el cerro de arriba?"

Hasta ahora, abajo del monte, hay una piedra en forma de esfera. Se la conoce con el nombre de Huantuc rumi, que significa Piedra de floripondio. Es la señal para saber que el chuzalongo de Arriba ganó la pelea y aún anda entre los riscos, desde los tiempos antiguos.



La hacienda de agua

*L*a hacienda se encontraba rodeada de montañas. Gráciles pájaros cantaban y los árboles eran inmensos y proyectaban sombras amables. Su patrón era un hombre de aspecto duro. Tenía esa extraña manía de atesorar monedas y apreciaba contemplarlas resplandecer en las noches. Este culto era a escondidas como si tuviera miedo de que si otro las mirara perdieran su brillo.

Su avaricia era proverbial: prefería comer los deshechos para que no se desperdiciaran y padecía compartir su pan. Era cicatero con su servidumbre y tenía unos perros enormes a quienes también mal alimentaba, pese a que protegían sus heredades con sus colmillos lustrosos.

Un día, llegó hasta esos parajes un viejecillo. Tenía los ojos de los vagabundos y llevaba un mínimo morral como única compañía. Su atavío era modesto y estaba adornado de hilachas de colores. Era un mendigo, esos seres que profesan el temperamento de los gorriones nómadas. Recorría los caminos pidiendo limosna, como si esa situación no le indignara: como si alargando su mano ensayara la caridad del mundo.

Acertó a pasar por la hacienda del avaro. Se sabe que atravesó la agreste puerta. El hombre de ojos refulgentes y metálicos lo recibió con desprecio. Sintió cólera ante la mano alargada y no entendió que en el mundo también hay desvalidos, precisamente por

la mezquindad de unos pocos. Es que su fortuna precisamente se generaba por tratar cruelmente a sus servidores y no pagarles lo justo. Su rostro se encendió.

Este hacendado inhumano llamó a su mayordomo para que soltara a sus perros y despedazaran al mendigo. El encargado de estos campos tenía un buen corazón. Esperó que el avariento entrara a su casa y se dirigió hasta donde estaba el anciano, con una escudilla de madera gastada.

Le indicó que debía salir inmediatamente de la propiedad. Le confirió que el patrón había ordenado soltar a los atrevidos perros, pero que aunque no cumpliría este funesto encargo prefería que el mendigo tomara otro camino.

El pordiosero le agradeció que le salvara la vida. Después, mirándole a los ojos le reveló un secreto: la hacienda sería destruida esa misma noche como castigo a las maldades de su dueño. Quien apreciara su vida debía irse a las lomas más cercanas porque la condena era inminente.

El hombre benévolo supo que los labios del mendigo no mentían. Con discreción llevó sus pertenencias hasta la loma de Aloburo. Hizo varios viajes. Un poco después de caer la tarde comenzó a tronar en el cielo. Las nubes se encresparon y una lluvia prodigiosa se desató como si por primera vez las tempestades se asomaran por el mundo. Las gotas eran inmensas.

Los truenos se sucedían y era tan intensa la lluvia que fue como probablemente debieron sentir aquellos hombres que presenciaron el Diluvio. El mayordomo, desde su refugio de Aloburo, escuchó cómo se arrastraban las vertientes que bajaban del Imbabura, como si fueran serpientes de agua deslizándose hasta la hacienda. La noche fue larga.

Al amanecer, el antiguo encargado miró un paisaje desolado. Donde antes se encontraba la heredad del avaro emergía una laguna, de aguas aún turbias. No había rastros de los corrales de animales

peor de los ojos miserables de quien atesoraba riqueza con la sangre ajena.

Después llegaron las explicaciones. Dijeron que el mendigo no era otro que alguna deidad que quiso castigar la crueldad. Algún pescador, en su embarcación de totora, ha creído ver la casa de hacienda entre las aguas. Cuando se asciende hasta Aloburo se puede contemplar otro paisaje: es la laguna de Yahuarcocha. Cae la tarde y las garzas llegan desde el lago San Pablo, conocido también como Imbacocha, contando sus propias historias de plumas.

El diablo del lago

*M*anuel Santillán no tenía consuelo. Su longuito, su sobrino querido se había ahogado en el lago San Pablo. Habían pasado varios días pero su cuerpo permanecía en las aguas. Con los ojos colorados acudió donde un yachac. El brujo le dijo que construyera una cruz enorme y que le cubriera de flores. En el centro debía poder un cuy, también llamado conejillo de Indias, y unos huevos. La cruz debía ser clavada en el sitio donde pereció el muchacho. Además una advertencia: quienes hundieran la cruz debían ser hombres valientes porque es posible que vieran el Infierno.

El yachac habló y Manuel Santillán pensó que cualquier sacrificio valía la pena si los restos del joven surgían del lago, después de tantos días. Por eso, con la enorme cruz a cuestas y con la ayuda de otros indios valientes, Santillán llegó hasta el Imbacochoa, como se lo conoce también al lago San Pablo.

Entraron a sus aguas cristalinas, rodeadas de totoras. Mientras arrastraba la cruz cubierta de flores, Manuel Santillán pudo ver el Infierno: era un diablo que estaba acostado de espaldas dentro del agua. Los pies estaban en dirección a Reyloma y la cabeza hacia Camuendo.

Al otro día, el cuerpo del joven emergió de su prisión de agua: los símbolos del brujo indígena se confundieron entre las flores que flotaban en el lago, de aguas mansas y totoras.

Lo que no pudo decir Manuel Santillán es qué si el diablo tenía cachos o era ese antiguo dios andino que no se quema en el Infierno y que se llama supay.





MUNICIPIO DE IBARRA



CARANQUI, TIERRA DE ATAHUALPA



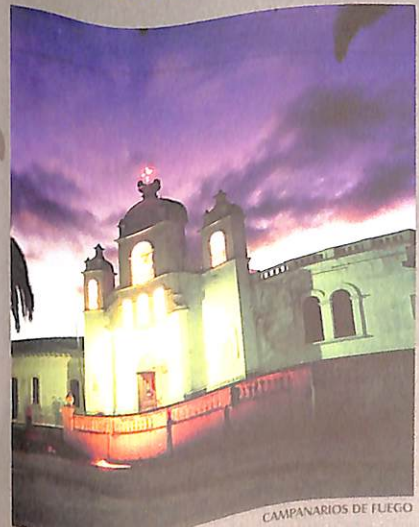
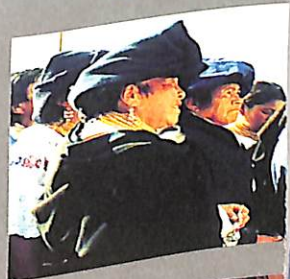
TAFIALES Y PENCOS



SISTEMA LACUSTRE DE IMBABURA



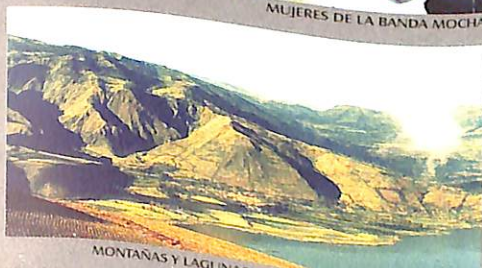
PENDONEROS



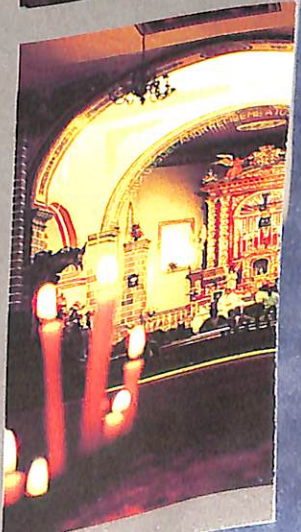
CAMPANARIOS DE FUEGO



MUJERES DE LA BANDA MOCHA



MONTAÑAS Y LAGUNAS



Cambios juntos con las mujeres de Imbabura



MONTE IMBABURA



HUALCAS Y CORALES



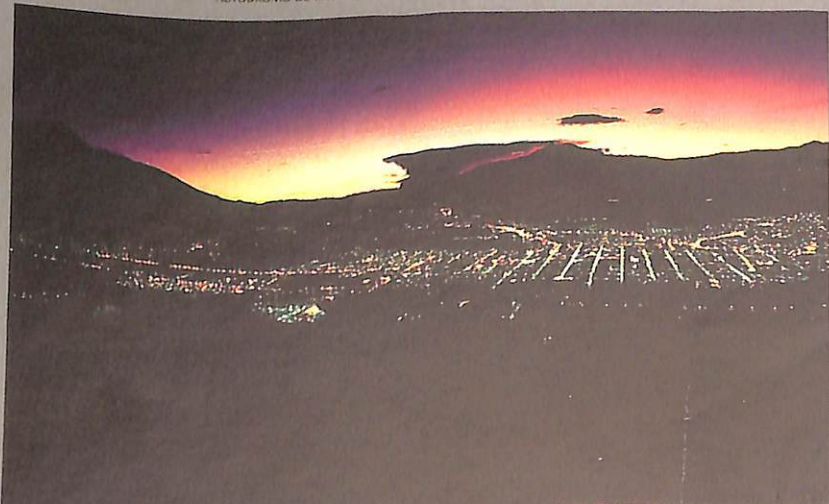
AUTODROMO DE YAHUARCOCHA



CABALITO DE TOTORA



IGLESIA DE CARANQUI



IBARRA ENCIENDE SUS FAROLAS

La hora de los mandingas

*E*l chivo, de pelambre afilado, tenía los ojos del mandinga y la vorágine de su desbocada huida producía dentelladas en sus patas, mientras se enterraba en el río Chota.

Fue una imagen. Cuando la recordó, José Antonio Chalá tenía un sudor instalado en su perlada frente y aún no alcanzaba a colocarse el camisón blanco, cuando tuvo la certeza de que se trataba de un sueño. El chivo alocado tenía algún significado, pero Chalá prefirió salir a escudriñar a la noche, que tenía el olor de los árboles podridos, que arrastraba la corriente.

Le desconcertó los ojos del chivo, porque eran los mismos de esos mandingas que llegaron como brujos, que se deleitaban en pócimas que volvían a los hechizados en bestias montaraces. Un chivato que, en el sueño, llegaba, con sus cornamentas bruñidas, desde el monte hasta más allá de las aguas, como si entrara en un mar de bruma.

La intuición fue leve. Después, olfateando a las estrellas, percibió una garúa persistente, que mojaba la techumbre de paja y bahareque, de su casa de materiales frágiles. Se palpó su cuerpo húmedo y sintió las correntadas de ese río astuto, que es tan plácido que todos olvidan sus artimañas: unas veces figuraba como un animal prehistórico en reposo y otras bramaba desde las montañas al valle, cubierto de dunas de arena y cañaverales, donde se desli-

zaban sierpes de colores, en Imbabura, la provincia de montañas azules y veintisiete lagos, en Ecuador.

Chalá era un negro de espalda recia y ojos profundos, y sus manos grandes habían labrado la tierra desde niño, pero ahora tenía un temblor inusual en su cuerpo de ébano. Había un olor insistente: las filigranas de gotas de lluvia instaladas en la tierra arenosa, como animalillos asustados, que producía un aroma de polvo pasmado.

La lluvia caía vigorosa sobre el agua del río. Ese sonido del mismo elemento era un aletear de mariposas enormes sobre otras alas: gotas verticales golpeando el agua que corría horizontal. Su casa fue la primera en caer bajo el influjo del agua y el hombre que soñaba se despabiló con tanta energía que pudo sacar, de ese líquido en vorágine, a su mujer, Isolina Ramos, y a sus hijos, Germán, de seis, y Aída, de cuatro años, aún en el duermevela, en medio de una noche que se había tragado hasta a los gallos.

El violento caudal desprendió su morada, que estaba en la ribera, en un remolino trágico. Sí, el río se había convertido en un descomunal chivo que pateaba las piedras y que continuaba arrasando las casas, como si fueran de paja y bahareque, como efectivamente eran. Todos se salvaron, porque Chalá los alertó a gritos que el río Chota se desbordaba, con bramidos de animal de monte. Amaneció en un reguero de gallinas con los picos en dirección al lodo y los enseres de las casas flotando, junto a los cerdos, que comenzaban a hincharse, como si siguieran comiendo plátanos después de ser cadáveres.

Fue en ese instante, que José Antonio Chalá comprendió que el río Chota no sólo le había advertido en sueños sino que ahora le dejaba con la única herencia de su ropa puesta, pero con la alegría de los ojos de sus niños y de Isolina, que lamentaba sus tiernas y mínimas pertenencias, ahora deslizándose por las aguas profundas.

José Antonio Chalá vivió días amargos pensando acaso que todo era una disputa de mandingas por controlar espacios y hombres,

como si se tratara de una batalla por los aires y por las profundidades de la tierra. Como si uno de esos se convirtiera en chivo, erguido en una roca puntiaguda, en medio de árboles de espinos que crecían en las fisuras de la peña.

Por eso supo que no actuó con venganza al aceptar, a los pocos días, el regalo de un compadre: el tambor del Valle del Chota, que se llama bomba, elaborado precisamente con piel de chivo. No le sorprendió el color ocre del cuero, sino, así se le ocurrió, las señas del animal de sus sueños, aunque ahora lo relacionaba con el Diluvio. Había olvidado el significado de estos instrumentos, que llegaron traídos por sus mayores desde Africa.

Nadie le dijo que, para los Dogán de Sudán, los tambores están vivos, desde el Tambor Kunyu o Gran Monitor, hasta la multiplicación de los hombres, que fluye del Tambor Barba. Los tambores crearon el mundo y sus cuatro elementos: la piel mojada, corresponde al agua; puesta a secar, el fuego; su caja hecha de madera, la tierra; y, cuando se escucha el tronar de los tambores es cuando llega el aire.

También se hablaba de la tribu de los carabalí y su rito del Abajua. En la ceremonia del Emori, el chivo revivía el misterio y el poder místico de la princesa Sikán, para consagrar al tambor Ekué. En su tremolar traía la voz de Abasí Bomé, máximo secreto ñáñigo durante el funeral oficiado por Anamanki o "diablito", sin la cola europea, que salía a danzar con los negros lejos de las miradas del amo, en una tierra que había recibido tantas y tan diversas aldeas de Africa, unidas por la poderosa percusión de sus tambores.

Chalá había olvidado esas historias pero sus manos sabían perfectamente el significado de esos sonidos, cuando se deslizaban sobre el pellejo de chivo templado en la bomba. Y esta percusión fue lo primero que colocó entre sus pertenencias cuando eligió irse, sin furia pero tampoco con esperanzas.

Porque fue en esos días que decidió migrar, amparado en que

no tenía nada y que si no había suerte lo único que perdería sería más desconsuelo. Sintió que su tierra, sin quererlo, empujaba a sus hijos a la desventura. Como si los migrantes fueran, en definitiva, una de las plagas de Egipto para quienes los recibían y por eso decidió un sitio donde no existieran ojos con escozores, ni miradas ásperas por el color de su piel, como si la maldición de Noé, sobre los hijos de Cam, aún se cumpliera por el absurdo mundo.

Al alejarse de su pueblo sintió una tristeza infinita, que aumentó aún más al escuchar a un músico negro que, en una reciente improvisada crónica, cantaba sus historias como si fueran eternas. Como si los mandingas aplacaran sus poderes en la piel recia de los chivos, transformados en esos tambores, resonando más allá de las aldeas:

Y el gobernador/vino a ver el daño/de este río Chota/que nos ha dejado/en medio desierto,/menos el apoyo/y llegó el momento/que no se vio nada./Vino el Obispo/y no hizo nada...

El camino para Intag fue largo, aunque estaba en la misma provincia de Imbabura, pero con dirección al mar. A diferencia del Valle del Chota, esta zona de bosque húmedo tropical, parecía recién creada por los dioses, porque los treinta hombres y mujeres que migraron, llevados por una promesa de prosperidad en una hacienda sin límites, tuvieron que llagarse las manos para desbrozar el monte.

Llegaron después de dos días a pie, arrullados por miles de pájaros y de riachuelos, que se escondían entre la floresta y el temor a los árboles de caracho, que eran tan malignos que laceraban hasta con su sombra, pero también de orquídeas que crecían entre enormes helechos que se perdían en la niebla.

Por las noches, en los descampados, los negros recordaban sus olvidadas aldeas y era como si sus tambores se comunicaran,

entre las hogueras, donde los niños se juntaban para oír antiguas historias, llevadas en los labios de los viejos y de palabras que volaban como pájaros de la memoria, para cambiar una y otra vez de colores.

Fue allí donde se escuchó la prodigiosa tarde en que el Diablo, de los mil cachos, llegó al Chota para batirse en duelo con el mejor interprete de la bomba y no sólo que un negro recio le ganó sino que le obligó a huir, hasta la otra ribera.

Se recordó el tiempo de la esclavitud, cuando los curas jesuitas tenían 1.760 esclavos, sus abuelos llegados de Africa, en los trapiches del Chota, que estrujaban y extraían tanto caña como seres humanos, en medio del tráfico de aguardiente que era tan prolijo como sus oraciones, en el año del Señor y de los mandingas de 1767. Era parte de los 131 latifundios de los jesuitas, en el actual Ecuador, regidos por la Cruz, junto a sus aliados que dominaban con la Espada: Dios y Oro, y después Dios-Oro, según escribía Bartolomé de Las Casas, el defensor de los indígenas.

Por eso eran extensas las cartas de los tonsurados, como aquellas que enviaban a las autoridades de Ibarra, denunciando a los brujos mandingas acusándoles de actos de magia negra, que causaban estragos en el vientre hinchado del capataz de la hacienda de Cuajara. "Cosas del demonio contra la buena fe", había escrito el cura Urrantia, mientras enviaba esas palabras de denuncia que iban entre las otras misivas que hablaban de los milagros de la Virgen de la Caridad. Acaso, el apacentador de ovejas recordaba la epístola de San Pablo a los efesios: *¡Siervos, servid a vuestros amos!*

Era una época en que los negros cimarrones se escapaban al palenque de Esmeraldas, aunque si los encontraban recibían cien azotes y "los cortes del pie derecho del negro", y donde los chivos eran más numerosos, con sus ojos mandingas y sus olores de caña brava. Cuando los negros imploraban a la Virgen de la Caridad, como si se tratara de Oshún.

Porque, aunque José Antonio Chalá no lo recordaba, sus antiguos dioses vinieron en los barcos, para burlarse por estas tierras.

Oxalá, a la vez hombre y mujer, se disfrazará de San Jerónimo y Santa Bárbara. Obatalá será Jesucristo; y Oshún, espíritu de la sensualidad y las aguas frescas, se convertirá en la Virgen de La Candelaria, La Concepción, La Caridad o los Placeres... Por detrás de San Jorge, San Antonio o San Miguel, asomarán los hierros de Ogum, dios de la guerra; y dentro de San Lázaro cantará Babalú. Los truenos y los fuegos del temible Shangó transfigurarán a San Juan Bautista y a Santa Bárbara. En otras tierras, los dioses tendrán dos caras, la Vida y la Muerte, y hasta dos cabezas, Dios y el Diablo, para ofrecer a sus fieles consuelo y venganza...

Después, los viejos hablaron de las brujas, que volaban en pueblos como Urcuquí, Mira y Pimampiro, que formaban un triángulo, y que tenían a sus amantes convertidos en racimos de plátanos, en los aleros de sus casas llenas de geranios. Unas magas que, cuando querían, transfiguraban a los hombres en gallos y los amarraban a la pata de la cama, aunque la mejor manera de atraparlas era echarse en cruz, cuando pasaban por los cielos. No se olvidaron de mencionar a los mandingas que convertían a los humanos en animales, especialmente en chivos, por lo que José Antonio Chalá recordó su sueño y tuvo una recaída, sin alcanzar a escuchar los relatos de unos seres pequeñitos que eran antiguos ángeles, caídos de los cielos.

José Antonio Chalá casi había olvidado a sus dioses pero recordó de esas historias de la hoguera, el día en sus abuelos del Chota, también llamado Coangue, se convirtieron en una suerte de cimarrones, al escaparse de las haciendas, de los nuevos amos republicanos. Pero esa liberta se limitaba a sembrar otro surco ajeno, por un jornal de hambre y las eternas preguntas: ¿quién soy?

¿de dónde vengo?, como si la memoria estuviera presa.

Fue en esos días que soñó en el frenesí de las bombas, en la alegría de las noches, en el olor de los cañaverales y en las voces de su gente, cantando las historias de las Ubaldinas que causaban furores y de los ríos que no sólo se desbordaban sino que hasta les componían canciones. Pero esta vigilia no fue causa de ninguna aprehensión -así lo creyó- sino una ensoñación comparable a mirar la niebla internarse en la montaña, frente a su nueva casa, en el sitio de Nangulví, donde después se encontraron unas termas, que se convirtieron en las piscinas más deslumbrantes, en medio de un bosque nublado. Después se formaría la comunidad de Santa Rosa en medio de platanales y casas de paja, principalmente de negros que prefirieron estar junto al río, defendiendo una tierra consignada en los documentos mañosos de oficinas de la ciudad letrada.

Pero en esa época, los caminos había que abrirlos con las manos y por eso Chalá se aventuró hacia una Pakcha, que era como los nativos llamaban a las cascadas, como sitios mágicos de antiguos rituales, en la época en que los dioses, como los montes tutelares que dominaban el horizonte.

El camino fue arduo. El sonido de los pájaros era interrumpido por los árboles meciéndose y la fuerza del salto de agua, que estaba próximo. José Antonio, como todo hombre que cae en el peligro, iba descuidado. Saltó un riachuelo y cuando se dirigía hacia las entrañas del torrente, vio algo que, desde entonces, sería insistente en los laberintos de su memoria:

El rostro era severo e imbatible, como si fuera de bronce el material que cubría esa piel recia. Tenía unas cejas hirsutas y una faz arrugada, con la extraña sensación de tener desde sus orígenes esa figura. El resplandor de la tarde golpeaba un alado sombrero, que era enorme y de brocados, de un color enigmático. Esta indumentaria en la cabeza le confería una gracia pero también un horror

ancestral, como un símbolo de algo ultraterreno, una cosa -ya no un ser humano- que en cualquier momento podía evaporarse, como la niebla que comenzaba a caer silenciosa en la cascada.

Esa visión fue de un instante, porque nuevamente sus ojos erizados parecían fluir más allá de su cara, como si las pupilas fueran una extensión de ese cuerpo diminuto, vestido con un traje fulgurante, de una fascinación que crecía, en medio de un silencio, como si el Universo se hubiera confabulado para detener el tiempo.

El hombrecillo, definitivamente, era único, como un ángel caído la víspera. Y no solamente por sus manos que guardaban proporción y simetría con su talle, sino porque presentía que era una visión tan real y a la vez estática, aunque fluía una sensación de travesura, una sospecha de un aroma insano, de un sentimiento de maldad en el ambiente, que inexplicablemente le atraía.

Un ser de un magnetismo que a José Antonio Chalá lo habría convertido en piedra a no ser por la distracción que le produjo el rumor del río. Cuando regresó a mirar, el ser diminuto se había movido, como si levantara la diminuta mano y lo llamara. Pero sus labios encarnados no proferían palabras. Ahora, sobresalían sus puntiagudas orejas, que -no sabía cómo- se intuía en su calado sombrero, como si fuera una frágil canoa colocada al revés.

Cuando sus ojos se apartaron del Aparecido, sintió miles de estrellas instaladas en sus cejas. Le recorrió un escalofrío en sus pies atormentados y también en su boca, que se movía sin voluntad. Su mano torpe se dirigió a su frente bañada por un sudor de bruma, aunque el ambiente viscoso tenía un olor que no pudo reconocer, como hojarasca antigua. No supo cómo llegó a su casa ni cómo contó a su mujer que había visto, y a esa hora ya estaba seguro: al duende.

La noche había caído, en la improvisada aldea, y no había una hoguera, donde se arremolinaran los niños para oír las nuevas historias, entre el crepitar de las llamas y el rumor de los troncos

candentes, que parecían dejar sus espíritus. Lo único que encontró fue un miedo tan antiguo no sólo a los duendes sino principalmente, a los chivos convertidos en diablos de la noche, que le recordaban antiguas desgracias. Al cabo de varias semanas nadie pudo convencerle que se trataba de visiones malignas y se negó a que su mujer y sus hijos le abandonaran, en el lecho construido de algodón de ceibo.

Malvivía con los ojos hundidos y un temblor a encontrar otra vez a ese ser diminuto de ojos hechizados. Aunque algo le aliviaba describirlo, para el asombro de la comunidad de Santa Rosa, muy pronto supo que el remedio era peor que la enfermedad, porque ahora no sólo que soñaba en el duende mientras dormía sino principalmente cuando estaba despierto, y era el único que lo veía.

La decisión de cruzar las montañas y acudir donde el Obispo de Ibarra, para que lo conjurara, se le ocurrió mientras ya caminaba en esa dirección, junto a sus hijos pequeños, y su mujer, que llevaba olorosas presas de gallina, envueltas en hojas de plátano, para un viaje que tardaría dos días a pie, porque los únicos que tenían rutas establecidas eran los pájaros.

Miraron paisajes deslumbrantes en el cantón Cotacachi y después frente al monte Imbabura, que aparecía y desaparecía, mientras se internaban en la selva o llegaban a una colina. Cuando llegaron a Otavalo, se tardaron en la célebre feria de los ponchos, donde los indios tienden sus textiles, frente a un sol tranquilo de sementeras de maíz y del lago San Pablo, donde los dioses andinos aún se mueven entre sus olas.

Allí tomaron un autobús que los dejó en Ibarra, la ciudad fundada en 1606, como puerto de tierra, entre el comercio de Santafé de Bogotá y San Francisco de Quito, y ruta al mar del Pacífico, aunque tardaba en izar sus velas. Llegaron a pie hasta la iglesia de La Catedral, una construcción magnífica, con santos en los frontispicios, y unas torres de piedra y cúpulas de tejuelos vistosos.

Estaba ubicada en el parque Pedro Moncayo, que tenía un majestuoso ceibo, sobreviviente del terremoto de 1868, y que los ibarreños lo conservaron, para solaz de los políticos de turno, que lo trataban en sus discursos como a una persona. El Obispo los atendió pasado el mediodía y escuchó con detenimiento su pedido: un conjuro que liberara a José Antonio del influjo del duende.

Consultó antiguos libros, rezó algunas oraciones y después se acercó a la ventana, mientras los recién llegados lo miraban con preocupación. Al cabo de un momento tuvo la respuesta: lo que José Antonio Chalá necesitaba era un cordón de San Francisco, en su torso, que era el único bálsamo que se le ocurrió al prelado para espantar al duende, aunque tuvo cuidado en no decirles que también se usaba para los partos difíciles, donde se ponía un cordón en la barriga, y hasta en los que sufrían de hidropesía, que no era otra cosa de los inflados por agua serosa.

El cordón del santo que hablaba con los pájaros fue comprado por los Chalá, en el convento cercano, y aprovechando la ocasión se dirigieron hasta el claustro de las monjas Carmelitas donde, por medio del torno, adquirieron siete escapularios de la Virgen del Carmen.

Cuando llegaron nuevamente a Intag, después de cinco días de ausencia, se encontraron con la noticia de que el duende sátiro ahora seguía a las muchachas de piel tersa y senos mínimos, que eran las únicas que aseguraban verlo correteando por el monte, mientras les arrojaba piedras invisibles y les obsequiaba bostas de vaca, que se figuraban como pasteles.

No pasó mucho tiempo cuando, recordando su tiempo en los coros del Cielo -porque decían que el duende era un antiguo ángel en desgracia-, se le apareció al músico Emiliano Arce.

Este hombre de ojos vivaces, nunca desmintió la historia de que el duende lo había llamado insistentemente para enseñarle a tocar la guitarra, aunque lo único que pudieron sacarle era que el

mentado enano maligno era un deslumbrante bailarín. Claro que Emiliano se negó a ponerse el cordón de San Francisco, que José Antonio Chalá tenía siempre colgado en sus hombros, y hasta se hizo el sordo, ante las súplicas del cura, que recién había llegado hasta Apuela.

Como fuera, un día el cordón contra los duendes desapareció, en uno de esos bailes con bomba, que participaba José Antonio, confabulado con el negro Emiliano, que cada día no sólo que tocaba mejor, sino que le propuso sacar su tambor de piel de chivo, para ver si, ante el frenesí de sus sonos, aparecían esos antiguos mandingas, que se vinieron de Africa. En el primer tremolar del cuero, José Antonio Chalá sintió que en sus manos, antiguas destrezas sonaban también, como si los dioses de los abuelos recién hubieran bajado de las estrellas.

Ahora, tocaba la bomba como si los mandingas aparecieran en esos chivos de sus sueños, de pelambre de vértigo y patas desbocadas, que salían del agua para cruzar el fuego y -con el retumbar de los tambores- elevarse desde la tierra hasta un aire embravecido, ahora entre los fragores de Intag.

Don Próspero Arévalo

Don Próspero Arévalo tenía unos mostachos grandes que parecían apuntar al cielo, los pómulos salidos y unas patillas que parecían haber salido de un retrato antiguo, de algún celeberrimo personaje inmortalizado en la tela, del insigne Rafael Troya, el mismo que pintó el cuadro de la Fundación de Ibarra.

Don Próspero Arévalo siempre llevaba un chaleco negro y una camisa pulcrísima, planchada con almidón de yuca disecada. Sus zapatos parecían espejos donde se reflejaban las casas ibarreñas, cuando él pasaba con un garbo que daba envidia pero que –todos coincidían– que no lo podrían soportar ni una semana.

Con el cabello alisado con ungüentos europeos, Don Próspero solía recorrer el parque y se cuidaba de no mirar a sus congéneres porque –hay que decirlo– le resultaban inferiores. Afectado por la idea de una supuesta nobleza española, él creía que era necesario mantener la rigidez del lenguaje –por poco– como habían traído los conquistadores desde que se les ocurrió, al mando de Colón, salir del Puerto de Palos, en 1492.

Sólo había un problema: nuestro personaje había nacido en el siglo XIX y el encontronazo entre los dos mundos había aportado palabras para el castellano, que ya no sería el mismo, simplemente porque por medio del lenguaje se abarcaba unos signos y significados diferente que Don Próspero se negaba a admitir.

Creía que la pulcritud del idioma consistía en mantenerlo

momificado, como si la palabra oral –como se sabe- no burlara siempre a algunos acartonados académicos que creían que el idioma es inmutable. Hay que decirlo, nuestra figura –con lazo y calzoncillos largos- estaba convencido que esa corriente, llamada culteranismo, había de difundirse por estas tierras malsanas, llenas de, a su juicio, herejías idiomáticas.

Por eso no aceptaba ni siquiera las palabras que el mundo indígena había aportado: ñaño, chicha, runa, guagua, huarmi, llacta, taita, simplemente estaban prohibidas de ser presentadas ante su persona. Peor aún cuando escuchaba un arrarray o un achachay, porque sabía que son influencias en desmedro de lo que él creía como su impecable discurso.

Tanto fue su afán por el uso de un castellano antiguo que amaneció un día convertido en lo que podría decirse un entendido en términos rebuscados y etimologías, en decires y certezas, en dichos antiquísimos y hasta en textos que él tenía por buenos sólo por el hecho de haber cruzado el mar en carabela, aunque ya nadie se acordara de ellos.

Para eso había nacido Dos Próspero, para convertirse en un defensor a ultranza pero de un idioma que ya no era el mismo, pero que se negaba a aceptar. Producto de esta jerigonza, Don Próspero parecía más un laberinto cuando hablaba y era necesario estar atento para poder entenderle. De lo contrario se cometía el sacrilegio de dejar en babas a este pulcro defensor de las tonadillas madreñas.

Lleno de artificios y poses, se negaba –por ejemplo- a utilizar palabras que consideraba dignas de la plebe. Había llegado al colmo de sus arengas que en lugar de que hasta la palabra huevo le parecía un atropello para sus pomposos labios. Por eso daba un rodeo para pedir un huevo en el desayuno. Simplemente decía:

-Pasadme un glóbulo blanco de la mujer del gallo. Y si lo desea frito agregaba: por cierto, acicalado por aceite. Obviamente, él no tenía empleados en su casa sino que –a la usanza de los cas-

tillos medievales- al único que disponía le había dado el título de paje. Para entender sus intrínquilis sólo es preciso señalar que un día pidió a su paje que alistara su salida para adquirir unas acuosas viandas, porque a él no se le hubiera ocurrido decir de otra manera. Se levantó parsimoniosamente y tras llamar con una mínima campana, arqueó las cejas y dijo a su escudero de las ollas:

- "Apenas aparezca el luciente Febo, despiertas al generoso bruto; preparas el escapulario bestial, porque debo ir a la Cruz Blanca, por la calle de la Sandalia, en busca de unos buenos damacios". El infeliz paje se quedó perplejo porque no había entendido que Don Próspero quería salir en cuanto saliera el sol y que debía ensillar su caballo para ir a Yuracruz, por la calle de la Alpargate, en busca de camotes, que los denominaba como damacios.

Víctor Manuel Guzmán, un cronista vital que nos ha legado esta historia, escribía que nombraba a los camotes damacios, "en recuerdo de un Damacio, individuo de la época y vivo ejemplar de la tontería".

Pero Don Prospero no solamente era un defensor de los blasones de Castilla sino que quería demostrar tanta prosapia que no dudó en convertirse en un mentiroso de cuello blanco. Acaso había leído las historias decimonónicas de *Tartarín de Tarascón*, escritas por Alphonse Daudet, que cuentan de un personaje que fue obligado a partir a Argelia, a pedido de su pueblo que le exigió pruebas ante tantas aventuras inverosímiles que contaba.

Armado hasta los dientes emprendió una cacería de leones por los arrabales de una ciudad argelina. "Un león", dijo, al contemplar un bulto, y disparó para comprobar enseguida que se trataba de un asno viejo. Poco después apareció un león de verdad y lo mató de un disparo, sintiéndose feliz brevemente hasta saber que se trataba de un león ciego, domesticado por unos mendigos que lo llevaban como anzuelo para pedir limosnas.

Otra ocasión... Bueno, nuestro Don Próspero Arévalo pudo estar a la par de Tartarín si hubiera salido de su Ibarra para demos-

trar sus aventuras, pero él siempre volvía...

Contaba que una ocasión viajaba a Quito para –según él– realizar importantes gestiones dignas de su alcurnia. Mientras seguía una senda estrecha le acometió un toro furioso y él no tuvo más remedio que subir por un chorro de agua, que caía desde el cielo inexplicablemente. Pero allí no terminó su empresa porque el toro bravío decidió seguirlo por el chorro y nuestro Don Próspero no tuvo más remedio que desenvainar su espada –que siempre iba consigo– y cortar el surtidor lo que produjo la caída inevitable del cornúpeta, que no se sabe si aterrizó con los cachos en la tierra y se quedó allí para siempre.

Después de un momento, Don Próspero bajó del chorro y tranquilamente volvió a su caballo para proseguir el viaje hasta Quito, que se realizaba por las lagunas de Mojanda. Seguía en su cabalgadura tranquilamente cuando en el páramo se desató una tormenta que incluía rayos descomunales que pasaron rozando su cabeza.

Sin embargo, siguió su recorrido y solamente cuando se detuvo en Malchinguí comprobó que solamente había llegado la mitad de su caballo porque la otra parte había sido cercenada por un rayo. Se alejó del tambo regentado por los Barrera pero les advirtió que regresaría de inmediato. Se demoró un poco porque encontró la parte trasera de su caballo en plena digestión, muy cerca de unos matorrales. Retornó al tambo y unió las partes sin ningún contratiempo y finalmente divisó Quito.

Esto, más o menos, era lo que contaba Don Próspero Arévalo con sus laberínticas palabras y no permitía que nadie dudara de sus aventuras a costa de ser retado a duelo. Porque era de tal carácter que ni siquiera esperaba la cortesía que demandaba el código del Marqués de Cabriñana, sino que inmediatamente blandía su florete toledano, para contento de los atentos transeúntes que ya conocían –de oídas– sus falsías.

Quería que por la fuerza de su espadín sus conocidos acepta-

ran sus hazañas. Se parecía al barón Munchhausen, descrito por Rudolf Raspe, que publicó estos sucesos en 1785. Este barón con su aire de inglés también era proclive a las mentiras:

"Confiando tal vez excesivamente en mi valor y llevado por mi celo; me coloqué al lado de un enorme cañón, y en el momento de salir el tiro, me lancé sobre la bala con el fin de penetrar en la plaza, sentado a horcajadas sobre ella. Pero cuando estuve en la mitad, se me ocurrió pensar lo siguiente:

Entrar... Bien ¿y salir? ¿Qué va a suceder dentro de la plaza?... Se me tendría por un espía y se me ahorcará en el árbol más próximo... Esto no es un fin digno de Munchhausen. Habiendo hecho esta reflexión, seguida de muchas otras del mismo género, vi otra bala dirigida desde la fortaleza contra nuestro campo, la cual bala pasaba a poca distancia de mí. Salté, pues, sobre ella y volví donde estaban los míos"... El barón Munchhausen no es otro que el famoso Mambrú, que tiene hasta una canción: *Mambrú se fue a la guerra/no sé cuándo vendrá...*

Por suerte a Don Próspero Arévalo no le tocó ninguna guerra y su fama de mentiroso sólo lo llevó al desdén de la gente de Ibarra, que ya empezaba a cansarse de que la tal alcurnia e hidalguía sólo eran artificios que ocultaban algo más. Probablemente, en la época que fue obispo de Ibarra, el insigne Federico González Suárez escribió su dura crítica a una situación que parece sobrevivir aún en la mentalidad de algunos que como Don Próspero se ocultaban en sus palabras y en el desprecio al otro, inventando fábulas que terminaban perjudicándoles. El historiador decía: "los nobles, imbuidos en ideas de nobleza malentendida y dominados por preocupaciones absurdas, miraban el trabajo como infamante, y así no conocían ninguna arte ni aprendían ningún oficio, para no empañar la limpieza de sus linajes, contentándose con vivir del producto de sus heredades, sin preocuparse mucho de cultivarlas con esmero".

Pero eso de buscar la nobleza es algo que aún subsiste en

"un capítulo de la bobería humana", como refiere el escritor Daniel Samper Pizano, en estos días: "Para empezar, los primitivos nobles, los que mariposeaban por la Corte del rey y danzaban con venias amaneradas en los salones palaciegos, no eran mejores ni peores que los caballeros que les sujetaban los estribos a la hora de montar en la yegua preferida, o que los ujieres encargados de abrir el portón. Eran más ricos y más educados. Pero no mejores: los ujieres al menos no explotaban a nadie".

Don Próspero Arévalo, a falta de tierras, quería ser reconocido aunque sea por sus pomposos relatos y dejó una verdadera escuela de jactanciosos que, a finales del milenio, parecen haber superado a su maestro.

Como el caso de un nostálgico dueño de un solar desvencijado que habla de vender su propiedad para salir de apuro, pero nadie ha podido comprarle porque –según ha dicho– cuesta un millón de dólares. Ante esto, alguien ha sugerido que le puede cambiar por dos vacas de 500 millones de dólares, cada una.

Mas, para reivindicar a nuestro personaje, los nuevos mentirosos lo único que han leído es la guía telefónica a la altura de sus dizque celebérrimos apellidos.

Un funeral para Juan Diablo

*E*n la época colonial en la Real Audiencia de Quito, los entierros eran solemnes. Por eso en Ibarra, para estar a la par de las otras urbes, también los funerales estaban precedidos de una procesión y —dependiendo del difunto— se realizaban hasta "pases", que consistían en detenerse en cada esquina para que las plañideras contratadas pudieran lanzar al aire sus lamentos.

Obviamente, que las plañideras eran de tres clases: las menos remuneradas daban esporádicos lamentos; las de segunda categoría se quejaban amargamente, pero las de primera lloraban desconsoladamente y llegaban incluso a arrancarse mechones de sus cabellos, ante la mirada compungida de los asistentes al cortejo y de la satisfacción secreta de los deudos.

La velación duraba tres días, pese a que Eugenio de Santa Cruz y Espejo ya había advertido en sus brillantes ensayos sobre la inconveniencia de tal costumbre, por las pestes que podían generarse. Habría que esperar muchos años para conseguir sacar los cementerios a las afueras de las urbes porque antes tenían la costumbre de enterrar a los feligreses dentro de las iglesias.

En esa sociedad profundamente segregacionistas, los indios no tenían ese derecho y los curas solían cobrar el "derecho" a estar más cerca del altar —aunque sea desde lejos— porque, según se creía, así se estaba más cerca del Paraíso. Era tanto el abuso que se llegó, que Francisco Cantuña —aquel que inspiró la famosa leyenda— tuvo

que construir el pretil de San Francisco, en Quito, para que lo enterraran adentro. Para los incrédulos de esta historia, sólo basta acudir a esta iglesia colonial y a la izquierda del patio se encuentra su lápida de piedra.

En Ibarra, la costumbre de velar en las iglesias, persistió hasta inicios del siglo XX, cuando mediante un auto, el obispo de Ibarra, Federico González Suárez, prohibió esta insana tradición.

Por este motivo, las antiguas familias de los anteriores siglos seguían hasta en los funerales mostrando la importancia del muerto, aunque –como se sabe- los gusanos no distinguen condición ni abolengo.

Era en esta época que sucedieron estos hechos. Como era costumbre el féretro junto con la comitiva trágica llegaba a las siete de la noche y la puerta se cerraba a las nueve, aunque el sacristán de la iglesia de San Agustín ya estaba acostumbrado a dejar un breve tiempo para que las plañideras pagadas se despidieran del difunto.

Sin embargo, existía un personaje denominado como Fiero Juan, que era un piadoso de los muertos. Este solía esconderse en el confesionario para no dejar al ataúd huérfano de sus quebrantos. Acaso este prójimo del dolor ajeno pagaba una penitencia o simplemente entendía que un difunto no podía, por ninguna circunstancia, permanecer olvidado antes de entrar a su sepultura definitiva para alimento de los gusanos.

Unos dos bromistas se percataron de esta convicción del Fiero Juan y decidieron jugarle una pasada. Convinieron con antelación que uno fingiría ser un reciente cadáver, colocándose en el ataúd levemente abierto.

El Fiero Juan, después de burlar al sacristán, se encontraba en sus lastimeros asuntos, arrodillado junto al féretro. Había pasado un tiempo prudencial cuando el finado de mentiras se levantó de la caja mortuoria, con una solemnidad de espanto. Antes de incorporarse totalmente, el Fiero Juan alcanzó un candelabro que es-

taba cerca y dándole un certero golpe en la cabeza exclamó: "¿Qué no sabes que los muertos no se levantan?".

Convencido de su acción, este personaje descargó sobre el bromista un segundo golpe al punto que le increpó: "¡A dormir el sueño eterno!"

Al día siguiente, el sacristán encontró un charco de sangre que salía del ataúd. Aunque al inicio se pensó que el muerto había "reventado", después de un tiempo salió a luz la verdad: Juan Diablo –como lo llamaron desde entonces- ni siquiera se había percatado de tan macabra burla.



BIBLIOGRAFIA

Albornoz, Oswaldo, *Historia de la acción clerical en el Ecuador*, Quito, Ediciones Solytierra, 1963.

Ayala Mora, Enrique, editor, *Nueva Historial del Ecuador*, Epoca Colonial, Quito, Corporación Editora Nacional, 1983.

Borges, Jorge Luis, *El libro de los seres imaginarios*. Buenos Aires, Emecé, 1978.

Buitrón, Anibal. *Leyendas y supersticiones indígenas de Otavalo*, Ecuador. Colección de Autores y Temas Otavaleños, Instituto Otavaleño de Antropología, IOA, 1974. (facsímil).

Coba, Carlos Alberto, *Literatura Popular Afroecuatoriana*, Colección Pendoneros, Otavalo, Instituto Otavaleño de Antropología, IOA, 1980.

Chalá, Oscar. Discurso en la presentación del disco de música afroecuatoriana, Valle del Chota, 2002.

Cevallos Guerra, Plutarco, *Retazos de la vida de mi pueblo*, Ilustre Concejo Municipal de Cotacachi, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1993

Espinosa Apolo, Manuel, *Duendes, aparecidos y otras maravillas. Diccionario mitológico popular de la cultura mestiza ecuatoriana*, Quito, Taller de Estudios Históricos, 1999.

Franco, José Luciano, *La diáspora africana en el Nuevo Mundo*, La Habana, Ciencias Sociales, 1975.

Galeano, Eduardo, *Memorias del Fuego I. Los nacimientos*, Mé-

- xico D.F., Siglo Veintiuno Editores, 1982.
- García, Juan. *Conejo y tío Lobo*. Recopilación: Grupo Afro-ecuatoriano y Jorge Muñoz. Cuadernos Afro-ecuatorianos, 1985.
- Gonzáles Suárez, Federico, *Historia General de la República del Ecuador*, Quito, Editora de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1970.
- Guzmán, Víctor Manuel, *Apuntes Autobiográficos del Propulsor del Ferrocarril del Norte*. Centro de Ediciones Culturales de Imbabura. Víctor Manuel Guzmán Villena, editor. 1996.
- Guerra Bravo, Samuel, *La Iglesia en los siglos de coloniaje Hispánico*, op. cit. Nueva Historia del Ecuador.
- Hidalgo, José Nicolás, *Diez tradiciones ibarreñas*. Varios autores. Centro de Ediciones Culturales de Imbabura. 1991.
- Izzi, Massimo, *Diccionario Ilustrado de los Monstruos*, Palma de Mallorca, España, José de Olañeta, editor. 1996.
- Jara, Fausto, compilador; Moya Ruth, traducción. *Taruca/La Venada, Literatura Oral Quichua del Ecuador*, Quito, Cedime, Abya Yala, 1987.
- Las Casas, Bartolomé, *Brevísima Relación de la Destrucción de las Indias*, Barcelona, Ediciones Fontamara, 1974.
- Manis, Daniel P., y M. Cowley, *Historia de la trata de negros*, Madrid, Alianza, 1970.
- Martínez de la Vega, Luis Alfonso. *Tradiciones y leyendas de Imbabura*, 1970.
- Morales Granda, Abelardo. *Tradiciones, personajes y costumbres de Ibarra*. Centro de Ediciones Culturales de Imbabura. 1991.
- Morales Mejía, Juan Carlos, *Leyendas de Ibarra*. Ibarra, Editorial Pegasus, 1998.
- Morales Mejía, Juan Carlos, *El duende de San Vicente*, Municipio de San Vicente y Patronato Municipal, Manabí, Ecuador. Ibarra, Editorial Pegasus, 2001.
- Morales Mejía, Juan Carlos, *El duende de Intag*, Editorial Pegasus, auspicio de Ayuda en Acción, de Cotacachi. 2002.

Morales Mejía, Juan Carlos, *Del Luterano al terremoto*, Editorial Pedagógica Freire, Riobamba, 1999.

Morales Mejía, Juan Carlos, *Isadora en Imbabura*, en *Tierra de cóndores*, inédito.

Muñoz, Rosa Cecilia. *Memorias de Mira*, Editorial Pegasus, 2003.

Naranjo, Marcelo, coord. *La Cultura Popular en el Ecuador, Tomo V, Imbabura*, Quito, Centro Interamericano y Artesanías Populares, CIDAP, 1989.

Stutzman, Ronald, *La gente morena de la Sierra Ecuatoriana como grupo étnico*, Quito, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1976.

Tadeo, Milton, *Canción del Río Chota*, 1975, en *Literatura Popular Afroecuatoriana*, op. cit.

Tapia Tamayo, Almirar, *Notas sobre Mira*, Quito, Diario La Hora, 18 de agosto de 1998.

Torres, Jorge, *Magia y santería*, Guayaquil, Ecuador, Colección Ariel Esotérica, Ecuador.

Zuñiga, Luis. *Parques Nacionales y otras áreas protegidas de Ecuador*, Quito, Fundación Natura, 1992.

Informantes de la comunidad de Santa Rosa, de Intag: Germán Ramos, Rosario Padilla, Zulma García, Segundo Espinoza, Juan Espinoza.

Cosulta en Internet: <http://www.otavalo.net/leyendas.htm>

EL AUTOR

Juan Carlos Morales Mejía (Ibarra, 1967) realiza el proyecto *Mitologías de Ecuador*, que reúne investigación de los mitos desde la vertiente literaria.

Como parte de este proyecto de Editorial Pegasus sobre identidad de Ecuador ha publicado: *Leyendas de Ibarra*, *Los dioses mágicos del Amazonas* (mitos shuar, cofanes, siona, quichuas, huahoranis) y los cuadernillos de: *La Caja Ronca*, *El duende de Intag*, *El duende de San Vicente*, ilustrado por Nicolás Herrera, y el texto *El Gobierno de San Pedro y San Pablo*, traducido al inglés y francés e ilustrado por José Villarreal.

Realizó un acercamiento a la vida del músico popular Segundo Rosero, con el libro *Cómo voy a olvidarte*. Efectuó una antología de literatura y fútbol en *Historia de Pelotudos*. Escribió tres libros sobre historial local, para los 200 años del Reasentamiento de Riobamba. Es autor de *Fabulario del dragón*, libro inédito de cuentos fantásticos, traducidos al inglés y francés, e ilustrado por el artista Jorge Porras.

Ha publicado *La campana en el espejo* (poesía) y está inédito el poemario *Arquero de Luna y Circus*. Dirige la colección Pluma de Fuego, junto a Génesis, y ha publicado *La caracola de Isadora*, con ilustraciones de José Villarreal.

Está en prensa el texto *La marcha del ratón*, ilustrado por el artista

Pablo Caviedes, acerca de los derechos de los niños, especialmente en época de migración.

Recorrió parte de América Latina para escribir el libro: *Graffiti: en clave Azul*. Es periodista, por la FACSIO, de la Universidad Central y ha trabajado en los diarios La Verdad, de Ibarra, Hoy y El Comercio, de Quito, durante diez años. Escribe crónicas de viajes para la revista Criterios y es fotógrafo por el Centro de Imagen de la Alianza Francesa. Fue galardonado en el festival de cortometrajes Déjate Ver, de la Fundación Octaedro.

Como cantautor, ha musicalizado textos de Borges, Huidobro, Vallejo, Whitman, Dávila Andrade, Carrera Andrade, Preciado, Euler Granda, Loinaz, Benedetti, Cardenal y creaciones propias.

Es Magíster de Estudios Latinoamericanos, mención Cultura, por la Universidad Andina Simón Bolívar, y ha sido becario de la UNESCO.

E-mail: pegasusecuador@yahoo.com

INDICE

Los amores de Taita Imbabura	15
Taita Imbabura y los islotes	17
El gigante y las lagunas	18
Nina Pakcha	21
El Cuy de Oro	23
El cuichi	27
Los mechayas	28
Aya huma	29
Las Tres Piedras	31
Campana de Pimampiro	33
Maese Sánchez, el organista	35
La Luterana	38
Triángulo de brujas	43
La Cruz de Paragachi	61
El Becerro de Oro	67
Las orejas del conejo	74
Chuzalongo	79
La hacienda de agua	82
El diablo del lago	85
La hora de los mandingas	87
Don Próspero Arévalo	98
Un funeral para Juan Diablo	104
Bibliografía	108

PROXIMO LIBRO

Graffiti en clave Azul, Juan Carlos Morales Mejía

Un recorrido por los graffitis de América Latina: "La sociedad construye abismo y hay niños en las calles vendiéndolos", "Exigimos para los poetas hospitales de colores", "Las putas al poder, sus hijos ya fracasaron", "500 años de usar rostros prestados", "Cavad, cavad, cavad, debajo de las campanas está el mar", "La droga produce amnesia y otras cosas que ya no me acuerdo", "Salvemos nuestras raíces, viajemos a España", "Si miras siempre al cielo terminarás teniendo alas", "La luna cayó ayer en mi jardín y hoy solo cosecho manzanas de plata", "Imbabura: la provincia de las lagunas mentales", "Nadie muere de amor he visto cadáveres fingiendo vivir", "Te amo y tú no tienes nada que ver en eso", "El Señor es mi pastor, nada me falta, me conduce por verdes praderas. F: John Lennon", "Me gusta cuando mayas porque estás como azteca", "Pies desnudos: los fantasmas huyen con tu presencia", "El estudio me persigue pero yo soy más rápido", "No mate las ideas, son una especie en extinción".

Un libro investigado en Ecuador, Colombia, Perú, Bolivia, Argentina y Uruguay, con textos coloniales de México, Estados Unidos y Canadá. Además, de un acercamiento al Mayo del 68, en Francia. Incluye una ponencia que desentraña la Revolución de las Flores, en París, y la propuesta poética en Quito, a inicios de los noventa.

Escrito como crónicas, los graffitis aparecen en sus contextos y en sus descarnadas y contestatarias formas de mirar al Mundo: "Memos mal que los pájaros se siguen cagando sobre las estatuas".

Colección Astrolabio, Editorial Pegasus.

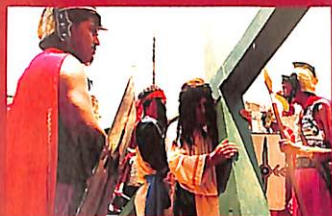


Mitologías de Imbabura

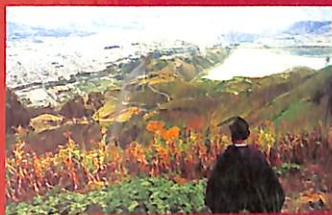
El Taita Imbabura es el más sabio de los montes. Cubierto con un penacho de nubes protege a esta tierra de lagunas, donde conviven indígenas, mestizos y afrochotoños.

Esta diversidad de culturas ha creado mitologías vitales para el país: duendes, brujas voladoras, chuzalongos, mechayas, becerros de oro, astucias del Tío Conejo, aya humas, cuyes de oro, luteranas o gigantes en las lagunas.

Cada uno de sus cantones -Ibarra, Otavalo, Cotacachi, Antonio Ante, Pimampito, Urcuquí- guardan una oralidad, presente en este libro del escritor Juan Carlos Morales Mejía, que realiza el proyecto **Mitologías de Ecuador**, de Editorial Pegasus, bajo un argumento: la memoria de este Ecuador entrañable, tierra de cóndores y alacrañes.



Juan Carlos Morales



Juan Carlos Morales



Carlos Jara



PEGASUS

CAMARA PROVINCIAL DE
TURISMO DE IMBABURA